

CHARLAS Y CONFERENCIAS.

José Ignacio de Arana.

Hoy las maneras de entretenerse aprendiendo se han multiplicado con los avances tecnológicos y desde la pantalla panorámica de un cine o un gran televisor hasta la miniaturizada de un teléfono y, sobre todo con la omnipresente y omnipotente internet, tenemos facilísimo y prácticamente gratuito acceso a casi cualquier información, incluida la palabra y la voz de las personas que tienen algo interesante que decir. No necesitamos, si no queremos, asistir físicamente a la exposición de esas ideas instructivas o deleitosas; están, literalmente, a un clic de nuestra disposición. Tan imbuido está esto en el comportamiento individual y en el social que quizá a muchos les cueste entender que no hace demasiado una de las actividades más populares, al menos en las grandes ciudades, era asistir a escuchar a conferenciantes y charlistas sobre los más diversos asuntos, divinos y humanos, dicho esto no como tópico sino como realidad según luego diré.

Federico García Sanchiz (1886-1964), miembro de la Real Academia Española, y escritor primoroso en nuestra lengua, está olvidado absolutamente como tantos otros, sobre todo, es un dato curioso y quizá merecedor de un detenido estudio, autores gallegos (Fernández Flórez, Cunqueiro, Camba) que, sin embargo, han aparecido ocasionalmente por estas páginas del Laboratorio aun sin ser médicos. García Sanchiz, poseedor de grandes dotes oratorias que ahora nos parecerían teatrales e incluso bastante afectadas en el estilo y en los ademanes de su lenguaje corporal, llenaba auditorios por toda España con lo que él bautizó con el término de “charlas”; “charlista” se denominaba a sí mismo y como tal se le anunciaba en la prensa y hasta en carteles fijados en puntos estratégicos de la ciudad. Hablaba de todo, literatura, arte, historia, poesía, filosofía, entusiasmando siempre a los asistentes que solían ser de toda clase y condición, pues sabía muy bien alcanzar los sentidos y las entendederas de cualquier persona. Él también creó el vocablo “españollear” para referirse a sus muchas actuaciones fuera de nuestra patria, especialmente en Hispanoamérica, en las que trataba, y conseguía, promocionar y enaltecer las virtudes de España.

Quizá al comentar las charlas parezca que se banaliza el contenido y la importancia de este modo de comunicar. Sin embargo, conviene recordar que contemporáneamente a aquéllas, el filósofo Xavier Zubiri, antiguo jesuita, impartía en Madrid ciclos de conferencias —éstas sí se llamaban así— sobre temas de la mas

abstrusa metafísica que contaban con un nutrido y fiel auditorio formado en su mayor parte por señoras de la alta sociedad y de la burguesía madrileña. Que entendieran o no el discurso del orador parecía una cuestión menor; lo importante era figurar en la nómina de asistentes habituales lo que confería un especial lucimiento al *pedigrí* social. La filosofía de Zubiri es, desde luego, un hito en la historia del pensamiento, pero en realidad, su comprensión sólo está al alcance de mentes que la reciben, como un buen campo a la semilla, bien labrado y previamente abonado.

Ahora sigue habiendo conferencias, y muchas. Una ingeniosa zumba asegura que “en Madrid, en otoño y a las siete de la tarde, o das una conferencia o te la dan”. En no pocas ocasiones el conferenciante es médico y habla de medicina, la mayor parte de las veces, o de otros asuntos. Bueno será que en este Laboratorio tratemos otro día de los detalles a tener en cuenta para que ese ejercicio sea lo más lucido posible, exitoso para quien habla y agradable para quienes le escuchan.

RESILIENCIA.

José Ignacio de Arana.

Si esta tarde me echan del puesto de trabajo o se muere un familiar muy querido o me sucede cualquier otra desgracia o malandanza y al cabo de un tiempo no demasiado largo consigo superar la natural postración y vuelvo a desempeñar mis actividades diarias con más o menos serenidad y buen ánimo, no es que posea la fuerza suficiente para controlarme primero y recobrarne después, no; es que ejerzo la resiliencia. El DRAE en su última edición, la 23ª publicada en 2014, recoge esta palabra con las acepciones, psicológica por un lado y mecánica por otra, de “Capacidad humana de asumir con flexibilidad situaciones límite y sobreponerse a ellas.” Y “Capacidad de un material elástico para absorber y almacenar energía de deformación.” Es un término hasta bonito, de fácil adaptación en varios de los idiomas más utilizados, con suficiente ambigüedad etimológica para que se le puedan adjudicar antiguas referencias que lo prestigien. En los ambientes médicos, psicológicos y sociológicos ha adquirido protagonismo. Pero no me imagino yo a un médico o a un allegado diciéndole a quien ha sufrido un duro golpe vital: “tenga usted resiliencia, amigo”. De modo que muy probablemente la palabra se quede entre tantos neologismos que, aunque sus creadores y promotores estén muy satisfechos de su ocurrencia, que no es mala sino incluso muy buena, no dan el paso definitivo para pasar a formar parte del lenguaje común. Y, como tantas veces se ha dicho en este Laboratorio, los médicos podemos, y debemos, tener un patrimonio lingüístico rico, variado y hasta adornado de florilegios, pero a la hora, ineludible en nuestro oficio, de sentarnos frente o junto al paciente, hemos de adaptarlo a una forma de hablar inteligible para él, lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que tenga por qué ser vulgar.

Ya entre nosotros, la resiliencia es algo connatural con la profesión, de otro modo no podríamos soportar la continua permanencia junto al dolor, la enfermedad y la angustia que éstos generan en cualquier individuo. Muchas veces algunos pacientes o sus familiares nos hacen un velado o explícito reproche porque consideran que no vivimos suficientemente próxima su ansiedad; esto sucede en cualquier especialidad, pero es más frecuente en la pediatría, sobre todo cuando se trata de niños con enfermedades especialmente dramáticas como las tumorales. “¿No piensa, doctor, que pudiera ser un hijo suyo?”, nos dicen los padres, ansiosos con toda la razón del mundo, cuando quizá sugerimos una actitud terapéutica

agresiva pero que, tras larga meditación, hemos considerado necesaria e inevitable. Es entonces muy difícil, si no imposible casi siempre, dar una explicación del tipo de que poseemos una desarrollada resiliencia o de que realmente no podríamos vivir si durante toda nuestra vida tuviéramos uno o varios hijos tan gravemente enfermos. En estos casos la resiliencia o la fuerza para sobreponerse al correspondiente varapalo es un valioso instrumento, curativo para nosotros mismos, que los médicos llevamos debajo de la bata.

LA INMORTALIDAD Y JARDIEL PONCELA.

José Ignacio de Arana.

Enrique Jardiel Poncela (1901-1952) ya ha visitado estas páginas en alguna ocasión anterior. Fue un gran escritor con una vida desdichada y llena de amargura. Representante en la literatura de un humor tildado de absurdo o surrealista, sus obras han hecho las delicias de millones de espectadores y siguen haciéndolo porque las reposiciones de su teatro son continuas al contrario que el de otros autores también muy meritorios que parecen haber quedado arrumbados en el trastero del olvido popular. Vivió sólo cincuenta años pero escribió un número muy elevado de obras de teatro y, aunque menos, de novelas y libros de narrativa. Fue, como varios miembros de su generación –Mihura, Tono, Neville-, guionista colaborador en la fastuosa fábrica de sueños que eran los grandes estudios cinematográficos de Hollywood. Su vida transcurrió entre grandes éxitos teatrales y literarios y sonoros fracasos en los mismos y en su andadura familiar, lo que le llevó a esa profunda amargura a la que me he referido. Cómo, nos podríamos preguntar, un hombre íntimamente dolorido y apesadumbrado podía dedicarse al humor. Pues porque hizo de éste una vía de escape a ese desasosiego y porque, cuando analizamos con detalle muchas de sus creaciones nos damos cuenta de que, envueltas en el celofán del humor, saca a relucir graves cuestiones sociales y no pocas veces filosóficas. Por ejemplo, sus novelas *Pero ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?*, y, sobre todo, *La Tournée de Dios* son muy duras aunque su lectura nos haga sonreír o hasta soltar alguna carcajada. Fue, además, un agrio enemigo de los médicos, quizá influido por su muchas dolencias poco o mal tratadas, a los que nos dedicó muchas críticas, unas veces directas, sin ningún tapujo, y otras convirtiéndonos en caricaturas en sus creaciones literarias. No obstante, con él sucede como con Quevedo: acostumbrados como estamos a recibir reproches y vapuleos verbales, ya nos conformaríamos con que todos fuesen proferidos con esa calidad lingüística.

Hoy viene Jardiel al Laboratorio por una de sus obras con asunto directamente relacionado con la medicina. En mayo de 1936 estrena *Morirse es un error*, pero cuando se repone, recién acabada la guerra civil, ese título parece inapropiado y lo cambia por el de *Cuatro corazones con freno y marcha atrás* con el que ha llegado a nuestros días. Su argumento desarrolla la posibilidad de que unos personajes obtengan la inmortalidad mediante una pócima pero acaben hastiándose

de ella, cuando ya tienen hijos y nietos; en ese momento, con otra poción vuelven a la juventud e incluso van retrocediendo en edad desde ella. Pero ahí, en el magnífico tercer acto, se les va a plantear la durísima situación de ver cómo sus descendientes son mayores que ellos y han establecido unos lazos que a los primeros les resultan inaceptables en muchos casos. El argumento lo han utilizado de alguna manera otros escritores e incluso no hace mucho los guionistas de una película de éxito, *El curioso caso de Benjamin Button*, basada en un relato de Scott Fitzgerald.

Los médicos acompañamos al ser humano en su transcurso vital y sabemos muy bien que la aceptación del paso del tiempo sobre nosotros es fundamental para el buen regimiento anímico y psicológico del individuo como lo es para la especie. Pero, puesto que la tentación de burlar al calendario estará siempre presente, no viene mal que sonriamos durante un rato con la gracia de Jardiel Poncela.

TERTULIA MEDIÁTICA. (I)

José Ignacio de Arana.

La tertulia es una institución típicamente española aunque tenga y haya tenido parecidos en otros países. Pero es aquí donde se desarrollaron estas reuniones periódicas de gentes simplemente para conversar. Su origen se quiere rastrear en el Siglo de Oro y en los corrillos que se formaban a la salida de los teatros para comentar la obra representada y ya derivar la charla a otros muchos asuntos de la actualidad y a los célebres “mentideros” que se reunían en determinados puntos de las ciudades para dar rienda suelta al rumor, la maledicencia o la simple bullanga ciudadana. Recuérdese el famoso mentidero de San Felipe Neri, reunido en las gradas de esta iglesia madrileña junto a la Puerta del Sol, protagonista de algunos relatos de nuestra poesía y novela de aquel siglo esplendoroso. Mas la tertulia tal como la solemos entender, en el ámbito cerrado de un café, con asistentes fijos y público de aluvión, es propia del siglo XIX y principios del XX, con una especial predilección por Madrid, si bien otras ciudades las tuvieron y bien famosas como la de Unamuno en el Novelty de la plaza mayor salmantina. Solían tomar el nombre del sitio de reunión y las tertulias del Pombo, el Gijón, el Lion D’or, el Fornos, el Levante... y así hasta ciento sembraban la capital. Cada una tenía, sin ninguna norma escrita, su presidencia en la persona más significativa, con mayor autoridad intelectual, del grupo habitual. Pérez Galdós, Ramón y Cajal, Gómez de la Serna, Díaz Cañabate o Cela han inmortalizado muchas de ellas a las que acudían con devoción. Desaparecieron con el cambio del ritmo de vida desde mediado el siglo XX y parecían arrumbadas en los recuerdos de los viejos libros de antigüedades que se ojean como reliquias.

Pero he aquí que los nuevos medios de comunicación, sobre todo la radio y la televisión, las han resucitado aunque con las peculiaridades de los tiempos. Hoy no habrá ninguno de esos medios que no tenga en su programación una tertulia si es que no tiene diariamente media docena. La humosa y cálida atmósfera del café se ha sustituido por el ambiente del cuarto de estar casero. La intercomunicación de los “mirones” con los tertulianos se hace mediante SMS o correos electrónicos, ambos a buen precio. Pero la afición se ha desatado otra vez y de qué modo. En otro artículo comentaré las similitudes entre aquéllas y éstas con algunos detalles que no parecen haber cambiado en absoluto.

TERTULIA MEDIÁTICA (II).

José Ignacio de Arana.

Dejábamos en un artículo anterior a las tertulias en su renacimiento mediático arrollador y las retomamos ahora en este punto. Hablé de similitudes con las antiguas pero quizá inicialmente habría que señalar lo que las diferencia. En primer lugar, el escenario; aunque algunas se esfuerzan por presentar un ambiente recogido, de proximidad entre los contertulios, es lógico que la naturaleza del medio imponga sus restricciones. La radio sí lo permite y quizá por eso sus tertulias resultan más espontáneas en su desarrollo; pero la televisión exige el plano frontal de los participantes y ello conlleva el que éstos no se vean las caras sino de refilón o en un monitor que ya es un elemento extraño al grupo. La lejanía física con los “mirones” es otro factor distorsionador; la intimidad con éstos, aunque fuesen considerados como clase “ajena” y no tuviera casi nunca el más mínimo derecho de participación, si que imponía a veces a los tertulianos una cierta censura a través de sus gestos inevitables. Pero quizá la diferencia más notable y al mismo tiempo más desazonadora sean las obligadas pausas publicitarias que demasiado a menudo rompen la continuidad de la atención y propician el desinterés por la cuestión que se está tratando.

Vayamos a los parecidos. Basta leer los relatos sobre las viejas tertulias de café para darse cuenta de que ahora como entonces los tertulianos no van allí a aprender nada del vecino de velador o de mesa de redacción sino a dogmatizar sobre lo que sea que se hable. Porque eso sí, saben jugar a todos los palos; da igual el asunto de que se hable, social, político, económico, científico..., ellos tienen su opinión muy clara; sin fundamento intelectual de ningún tipo probablemente, pero eso es lo de menos: tienen algo mucho más importante por lo que se ve: audiencia. Y además una audiencia generalmente acrítica que traga y asimila todo lo que se le aporta a través de las ondas. Algunos contertulios, también a imagen de los ya históricos, consiguen crearse una imagen de “tragasables”, hoscós, intemperantes, agresivos con quien se atreve a disentir siquiera sea ligeramente de lo que ellos dicen; curiosamente son los que más popularidad alcanzan y eso les engorda aún más el áspero ego con lo que no hay que esperar enmienda. Lo que se comenta en estas tertulias conforma el argumentario de las conversaciones que luego se oyen por la calle, arrastrando sus mismos errores. Y los profesores en sus cátedras desgañitándose para enseñar cuatro cosas. España.

PRÓDIGO.

José Ignacio de Arana.

Hay palabras a las que el uso, el mal uso, hace perder su auténtico significado dándoles, a veces, uno muy diferente y hasta disparatado si nos atenemos a la cepa del vocablo. Es el caso de **pródigo**. Mucha gente, incluidos periodistas y otros comunicadores en los que se debería suponer, como el valor a los soldados, un fondo cultural superior a la media de los destinatarios de sus mensajes, considera y dice que pródigo define a quien vuelve a su lugar de origen después de haberlo abandonado de forma intempestiva y con aparente desarraigo por un periodo más o menos largo. La culpa de este error, no hay que darle demasiadas vueltas, está en la confusa interpretación de una de las más conocidas parábolas evangélicas. Allí se cuenta cómo el hijo que se fue del hogar familiar vuelve a él y es recibido con gran alegría por el padre y algún reproche por parte del hermano mayor. Ése es, efectivamente, el meollo del relato. Pero lo que le da título es el hecho de que ese hijo, durante su ausencia, ha desperdiciado y consumido la propia hacienda, gastándola en cosas vanas e inútiles, lo que le conduce a la miserable situación de tener que cuidar cerdos –algo especialmente humillante para un judío- y alimentarse de las bellotas que les sustrae a los animales de la piara. Ése es precisamente el concepto de prodigalidad, el derroche del patrimonio, y que hace que se contemple en el Código Civil como causa para dictaminar la incapacidad de una persona en la administración de sus bienes.

Claro que otras acepciones que recoge el DRAE para pródigo y prodigalidad son menos imprudentes o perniciosas. Así la hace sinónimo de abundancia o multitud y califica de pródigo al muy dadivoso y a la persona o cosa que tiene o produce gran cantidad de algo. Pero en ningún caso, ya se ve, hace mención a ausencias y regresos.

Esto de la torcida interpretación de expresiones archimanidas de textos clásicos –y la Biblia es quizá el más conocido, traído y llevado, en buena parte del mundo- daría para una antología completa de disparates, a veces divertidos, otras bastante menos, a cuya elaboración, siquiera sea compendiada, no renuncio e iré trayendo de vez en cuando para que los analicemos juntos en este laboratorio.

ESTOMAGANTE.

José Ignacio de Arana.

Las funciones orgánicas, fisiológicas o no, dan mucho juego en el lenguaje no profesional. Es lógico, pues cualquier persona es consciente de ellas y por tanto se instalan fácilmente en el imaginario popular del que se surte buena parte del vocabulario que utilizamos para comunicarnos. Y entre los sistemas o aparatos que conforman el cuerpo es seguramente el digestivo el que más palabras aporta. En un habla como la de los españoles, caracterizada desde hace muchos siglos, según estudió Claudio Sánchez Albornoz en su *España, un enigma histórico*, por la abundancia de lo rahez, lo escatológico, directamente relacionado con una de esas funciones, es extraordinariamente frecuente y lo más curioso es que sin hacer demasiados distinguos entre clases sociales o culturales de los hablantes. Pero no es a esta cuestión, digamos “del final del proceso digestivo” al que me quiero referir hoy, sino a las que atañen a una porción más alta de ese aparato que manifiesta síntomas muy característicos y fácilmente identificables como para propiciar la metonimia. Algo nauseabundo o vomitivo no tiene por qué provocar realmente la expulsión violenta del contenido gástrico; incluso el adjetivo puede aplicarse a algo tan inmaterial como una idea, un pensamiento o una actitud ajena. El “buen sabor de boca” es una grata sensación ante el resultado de un hecho o un debate, por ejemplo. El “rechinar de dientes”, o el “crujir de dientes” de resonancias bíblicas, no es necesariamente un episodio de bruxismo sino un íntimo malestar por inquina hacia otro o por reconocimiento de alguna culpabilidad propia.

Una palabra de este tipo, no demasiado utilizada pero muy sugestiva para un médico, es “estomagante”: “que causa fastidio, enfado, cansa, carga, desagrada, empalaga, enoja o hastía”, según detalla el diccionario al definirla. Todos los médicos que hemos asistido a pacientes afectados de alguna patología gástrica, muy en especial el antes etiquetado como *ulcus péptico* –concepto hoy en retirada frente al auge de la colonización por *helicobacter* y su relativamente fácil erradicación–, hemos escuchado de labios de éstos relatos de su dolencia que utilizaban términos muy similares. Uno de los más íntimamente descriptivos y, por tanto, humanos, era el oído por mí en repetidas ocasiones de “siento tristeza en la caja del cuerpo”; es decir, una percepción, sin duda alguna, estomagante. ¿No es perfecto en este caso el traslado de una condición médica al lenguaje común?

LA LEY DEL PÉNDULO.

José Ignacio de Arana.

No me refiero a aquella ley física que, según cuenta la intrahistoria de la ciencia, descubrió Galileo durante una ceremonia en la catedral de Pisa controlando mediante sus pulsaciones el ritmo del movimiento oscilatorio de la gran lámpara del templo. Su hallazgo, que había permanecido siempre a la vista de cualquiera pero que sólo él supo definir, revolucionó la tecnología y todavía hoy, quinientos años después, seguimos, entre otras cosas, mirando la hora en relojes que se basan en ese principio. El péndulo, tic, tac, izquierda, derecha, está presente en multitud de aparatos de nuestra vida cotidiana y en otros a los que recurrimos de manera excepcional pero no menos útilmente.

Pero el péndulo es también en muchos casos un símbolo de la existencia y, sobre todo, de la actividad humana. Grandes y sesudos estudiosos de la historia han percibido cómo los acontecimientos parecen repetirse una vez y otra aunque con matices diferenciales. Los antiguos simbolizaban con la figura del *ouroboros*, la serpiente que se muerde a sí misma la cola, la idea que tenían del carácter absolutamente cíclico, circular, del tiempo. Más próxima a la realidad es la imagen del transcurso de la historia como una espiral, en la que la historia parece pasar por un mismo punto pero en realidad lo hace desde otra altura o perspectiva. Un péndulo, que tampoco llega nunca a la misma posición anterior aunque semeje que sí a simple vista, es asimismo con su vaivén una muy aceptable imagen de ese transcurso.

Y en la ciencia, en la medicina en nuestro caso concreto, ¿no vemos con mucha frecuencia que técnicas, modos de tratamiento, hasta conceptos fisiopatológicos, que se consideraban superados, obsoletos dirán los pedantes, vuelven a estar de actualidad pero quien así lo hace no suele acordarse de mencionar su anterior validez? Es el péndulo. Ahora fijémonos con qué desaforado interés los científicos, los médicos, siguen aceleradamente el movimiento del aparato que estamos imaginando. Nunca alcanzarán el último punto del recorrido porque antes de hacerlo la bolita habrá iniciado el camino de retorno, con riesgo, además, de dar en la cara al embelesado perseguidor. El ejemplo, burlón y exagerado si se quiere, es aplicable a todos los campos del conocimiento y un estímulo no para la quietud intelectual e investigadora, librenos el sentido común de semejante aberración, sino para la más modesta sensatez

SEMEJANZAS ZOLÓGICAS.

José Ignacio de Arana.

Que el hombre es un animal es una verdad incuestionable; que existen notables diferencias entre el ser humano y los otros seres de la escala zoológica, aun los más próximos taxonómicamente, es también cierto; y que la comparación de alguna característica de una persona con la de un animal suele tener tintes ofensivos, es igualmente auténtico. No obstante, el vocabulario común está lleno de estos parangones de fácil entendimiento para cualquier hablante. Y no digamos el médico. Es natural; las imágenes de distintos animales están en la mente de cualquiera desde la niñez, sin necesidad de ser zoólogo ni frecuentar parques temáticos, por tanto, encontrar similitudes es fácil e inevitable.

Recientemente, con la actualización del ya viejo asunto de los efectos secundarios sobre el feto de la talidomida, se ha vuelto a hacer casi popular el término de focomelia para nombrar una de las consecuencias más aparatosas de aquel síndrome malformativo. La palabra alude a la forma de las extremidades anteriores de los animales pinnípedos como las focas. Menos desconsiderado parece que suena lo de nariz aguilena, labio leporino, esto es, de liebre, ojos gatunos, buftalmía o, lo que es lo mismo, ojos de sapo, cinocefalia, o sea, cráneo de perro, dientes ratoniles, piernas de garza, hirsutismo osuno, escápulas aladas, pecho de paloma o de pollo, espolón calcáneo, dedos en garra, marcha anadeante y tantos otros. Es cierto que todos estos términos tienen su versión científica, pero también lo es que incluso entre los profesionales se utilizan así por lo gráfico y lo asentados que están en el lenguaje.

Muchos de esos animales tomados como símil para deformidades o patologías con ese deje peyorativo que acabo de mencionar tienen, sin embargo, otros usos en el lenguaje común, ya no médico, en los que se ensalzan algunas de sus cualidades para hacerlo por comparación con las que distinguen a una persona: ágil como una liebre, fuerte como un oso, pacífico como una paloma, fiel como un perro, astuto como un gato, elegante como un cisne, vista de águila, etcétera. Las mitologías, las teogonías y algunas religiones como la egipcia mezclaron habitualmente las figuras humanas con las animales para resaltar los atributos de sus divinidades y de sus semidioses. Las teorías de Jung y su escuela psicoanalítica hablan de arquetipos incrustados en el inconsciente colectivo y ese vocabulario del que aquí se trata parece que viene a confirmar el acierto de este pensamiento.

SINUHÉ EL EGIPCIO.

José Ignacio de Arana.

Mika Waltari (1908-1979), escritor finlandés, publicó en 1945 la obra *Sinuhé el egipcio* que pronto se transformó en un clásico de la novela histórica. Waltari sentó desde el principio una norma fundamental que, sin embargo, luego han vulnerado muchos de sus seguidores hasta nuestros días: mantener el máximo rigor histórico sobre la época y los personajes que aparecerán en la ficción novelística; y ello con las licencias creativas que su ingenio le proporciona a la hora de alumbrar a algunos protagonistas y sus diálogos. Waltari, amante de la antigüedad como intelectual, dedicó nada menos que diez años a estudiar con el mayor detenimiento la época faraónica de la XVIII dinastía (s. XIV a.C.), la que corresponde a la aparición de uno de los personajes más interesantes no sólo de Egipto sino de toda la historia de la humanidad: Amenhotep IV, más conocido como Akenatón, nombre que tomó cuando adoptó la religión monoteísta al dios sol Atón. Hoy recordamos más a Akenatón por dos personas de su familia de los que se conservan famosas imágenes: su esposa Nefertiti y su hijo Tutankamón.

A los médicos nos interesa el protagonista de la novela. Sinuhé fue un médico históricamente anterior a ese período según relatan algunos documentos, pero que Waltari, en una de aquellas licencias, sitúa como contemporáneo de esos sucesos revolucionarios. En la novela se describe, con una exactitud que han corroborado egiptólogos de prestigio, cómo Sinuhé, hijo de médico, aprendió el arte junto a su padre y realiza desde niño estudios en la Casa de la Vida, un lugar bajo el directo patrocinio de los reyes donde se atesoraban los papiros y tablillas en que plasmaban toda su sabiduría milenaria. Los primeros años se ocupaban en el difícil aprendizaje de la lectura y escritura. Luego los médicos se tenían que aplicar al estudio de los textos específicamente dedicados a ellos que formaban parte de los Libros herméticos, dedicados al gran dios Toth, donde se mezclaban las descripciones de enfermedades y la enumeración de sus remedios. Después se nos cuenta la habilidad de Sinuhé para practicar la trepanación del cráneo con los instrumentos de cobre a su disposición; también sus intervenciones sobre los ojos, muy dañados en su contemporáneos por lo que hoy conocemos como tracoma y xeroftalmía. La descripción que el autor hace de la Casa de los Muertos, donde el protagonista recalca al comienzo de su caída en desgracia en la corte del faraón, es, aparte de sobrecogedora, muy instructiva sobre las técnicas utilizadas en Egipto para la

momificación. La práctica médica a lo largo de muchos años y en distintos ambientes sociales se describe asimismo con minuciosidad y el libro, en su conjunto, se constituye en un elocuente tratado sobre la medicina de hace veinticinco siglos en una de las naciones más avanzadas de ese tiempo y ello salido de la pluma de un autor ajeno a nuestro oficio, lo que le añade mérito.

LECCIONES DE EINSTEIN.

José Ignacio de Arana.

Albert Einstein es considerado, junto con Isaac Newton, una de las mentes más privilegiadas de la historia. No fue médico, ya lo sabemos, pero su extraordinaria inteligencia le permitió acercarse a muchos conocimientos humanos y sobre ellos dejó algunas frases que podemos aprovechar como retazos de su universal capacidad para entender el mundo. Traigo hoy aquí un florilegio, obligadamente sucinto, de ellas que los médicos, siendo nuestra dedicación no solo una ciencia sino también la de sentir e interpretar muchos de los sentimientos de los demás, deberíamos saber utilizar tras meditarlas. Vale la pena.

Todos somos muy ignorantes. Lo que ocurre es que no todos ignoramos las mismas cosas.

Nunca consideres el estudio como una obligación, sino como una oportunidad para penetrar en el bello y maravilloso mundo del saber.

Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo.

Comienza a manifestarse la madurez cuando sentimos que nuestra preocupación es mayor por los demás que por nosotros mismos.

Los grandes espíritus siempre han encontrado una violenta oposición de parte de mentes mediocres.

Intenta no volverte un hombre de éxito, sino volverte un hombre de valor.

Hay dos maneras de vivir su vida: una como si nada es un milagro, la otra es como si todo es un milagro.

El hombre encuentra a Dios detrás de cada puerta que la ciencia logra abrir.

El que no posee el don de maravillarse ni de entusiasmarse más le valdría estar muerto, porque sus ojos están cerrados.

En los momentos de crisis, sólo la imaginación es más importante que el conocimiento.

Cada día sabemos más y entendemos menos.

No entiendes realmente algo a menos que seas capaz de explicárselo a tu abuela.

Si tu intención es describir la verdad, hazlo con sencillez y la elegancia déjasela al sastre.

Es un milagro que la curiosidad sobreviva a la educación reglada.

No guardes nunca en la cabeza aquello que te quepa en un bolsillo.

No tengo talentos especiales, pero sí soy profundamente curioso.

La palabra progreso no tiene ningún sentido mientras haya niños infelices.

La religión sin la ciencia estaría ciega, y la ciencia sin la religión estaría coja también.

La mayoría de las ideas fundamentales de la ciencia son esencialmente sencillas y, por regla general pueden ser expresadas en un lenguaje comprensible para todos.

Se debe hacer todo tan sencillo como sea posible, pero no más sencillo.

“GUASAPEAR”.

José Ignacio de Arana.

¿Habrá alguna palabra más fea que ésta en el vocabulario al uso en nuestros días? Tanto, puede que sí, quizá varias. Más, no lo creo. Pero una institución de prestigio e influencia como es la Fundación del Español Urgente (FUNDÉU), creada por la Agencia Efe con el patrocinio del BBVA y la asesoría de la RAE, le ha dado recientemente carta de naturaleza, aunque recomienda escribirla, atendiendo a su origen, como “wasapear”, lo que todavía la hace más rasposa para nuestra lengua y nuestras entendederas de hispanohablantes. Es la misma institución que se dice vigilante y promotora del idioma español que ha concedido a “selfie” la categoría de “palabra del año” para quienes hablamos, con los defectos y corrupciones que se quieran, la misma lengua que usaron Cervantes, Galdós, Cela o Delibes y que se enseña, mal que bien, en las escuelas.

Y, sin embargo, el que de nosotros no haya “guasapeado” una o dos veces en las últimas veinticuatro horas, que lance el primer teléfono. Ya no decimos “te llamaré” o “nos escribimos”, sino “te guasapeo” o “nos guasapeamos”. Cuando se quiere encontrar un término que defina un periodo histórico por su característica más destacada, si es que fuera posible hallar una que incluya todas o la mayoría de las que constituyen un momento determinado de la historia humana, los estudiosos, o los creadores de opinión como son hoy en día los medios periodísticos, aplican una palabra que tenga amplia resonancia y sea fácil de entender para el común de los hablantes. Es el caso de Ilustración que adjetiva el siglo XVIII o el de Época de los Nacionalismos para el XX. Al que vivimos actualmente se le etiqueta como la Era de la Globalización porque, efectivamente, nunca como ahora los conocimientos han sido tan universales o, por lo menos, han estado al alcance de tantas personas en casi cualquier lugar del mundo y las relaciones de todo tipo, culturales, científicas, industriales, comerciales, traspasan las fronteras de las naciones al igual que lo hacen con las fronteras antes mucho más rígidas entre personas de muy distinto acervo cultural y situación social. Condición sine qua non para esta globalización y al mismo tiempo consecuencia de ella es la inmediatez de las comunicaciones. De ella forma parte, entre una maraña de sistemas, el “guasapeo”. No se hace aquí una crítica del procedimiento, aunque algunos detalles, precisamente los referidos al lenguaje que se gasta en esos mensajes, podrían merecerla. Pero al menos podríamos entre todos buscar un término más acorde con nuestro idioma.

MARÍE MEURDRAC.

José Ignacio de Arana.

No son muchas las mujeres que figuran en la historia de la ciencia anterior al siglo XX como autoras de alguna obra singular. Los pediatras recordamos a Trotula, “médico” en la famosa Escuela de Salerno y autora de *De mulieris passionibus et eorum cura*, el primer tratado de ginecología con referencias al cuidado del niño recién nacido; o santa Hildegarda von Bingen, una monja también medieval que destacó por sus extraordinarias dotes para la música, la filosofía y la medicina y que de todo ello dejó una amplia bibliografía. Dando un salto de varios siglos, nos vamos a situar en el XVII, en la Francia que está tomando el relevo en tantos sentidos de la España del Siglo de Oro y de su cultura. En ese momento encontramos a Maríe Meurdrac (1610-1680). Una mujer de cuya biografía se conocen pocos datos, aunque por su trayectoria hay que suponer que perteneció a una clase social acomodada y de la nobleza. Maríe aprendió de forma autodidacta química y también alquimia; sin embargo, parece que asistió algún tiempo como única mujer a los talleres de Química y Farmacia impartidos por Jean Beguin, en París. En 1666 publica el libro *La chymie charitable et facil en faveur des dames* que había recibido el año anterior la licencia del rey Luis XIV. Es la primera obra de química dirigida expresamente a las mujeres. Se la dedicó a la condensa de Guiche, su protectora y quizá quien pagó la edición, con estas palabras: “Tomo la libertad, señora de presentaros este pequeño fruto de mis vigiliass: trata de la conservación de vuestra salud puesto que os proporcionará gran número de remedios para este fin. (...)”. En sus páginas dice cosas que chocaron con la mentalidad de su época: “Estaba convencida de que la mente no tiene sexo, y que si las mujeres se cultivaran tanto como los hombres y se emplease tanto tiempo y medios en instruir las, podrían igualarlas.” El mismo Molière se burló de ella en su comedia *Las mujeres sabias*.

La obra está dividida en seis partes: 1) sobre los principios de la alquimia; 2) sobre la elaboración de medicinas y ungüentos para distintas dolencias; 3) sobre los animales; 4) sobre los metales, especialmente el mercurio y el antimonio; 5) consejos y métodos para aumentar la belleza (todavía hoy se siguen utilizando algunos); y 6) símbolos, aparatos y métodos para fabricar los productos químicos.

En 1999 aún se realizó en Francia una edición de este libro.

LA
CHYMIE
CHARITABLE
ET FACILE,
EN FAVEUR DES DAMES.

TROISIÈME ÉDITION.

*Revue & augmentée de plusieurs Pré-
parations nouvelles & curieuses.*



A PARIS,
Chez LAURENT D'HOURY, rue
Saint Jacques, devant la Fontaine
S. Severin, au Saint Esprit.

M. DC. LXXXVII.
Avec Privilège & Approbation.

COMER SANO, COMER BIEN.

José Ignacio de Arana.

En algún frasco antiguo de este laboratorio se habló ya, aunque de pasada, del término que vuelve ahora, la ortorexia. La palabra la creó en 2000 el médico norteamericano Steve Bratman en su libro *Health Food Junkies*. La entidad ha sido incluida entre las patologías de la nutrición, una rama de la medicina que ha ido adquiriendo progresivo auge en el conocimiento científico de nuestra profesión hasta el punto de que hoy se integra en todas las especialidades de forma complementaria o protagonista. Lo que empezó siendo bromatología, una porción muy pequeña y casi marginal en los estudios de medicina –no así en los de farmacia donde siempre ocupó un lugar principal- es ahora una parte importante. Y lo que quizá haya que destacar más es que ese conocimiento, con las inevitables muescas que provoca toda divulgación mal dirigida y poco o nada controlada, se ha extendido entre el lenguaje, los mitos científicos y el comportamiento de la población general. Hace tiempo que entre las preocupaciones de una parte no pequeña de la sociedad se despertó la del bienestar físico que podríamos denominar “morfológico”. La esbeltez, la musculación, con sus correspondientes derivas patológicas de la bulimia, la anorexia y la vigorexia que tanta atención reciben en nuestros días por parte de la medicina interna, la psiquiatría y hasta la sociología sanitaria.

Ahora, sin embargo, se prodigan los desvelos y aprensiones por un bienestar “interno” que puede, sí, transferirse al aspecto exterior del organismo, pero que sobre todo transcurre en niveles diríamos celulares y hasta moleculares. Ortorexia utiliza ese prefijo orto, derecho o correcto, para describir la obsesión patológica por la comida biológicamente pura, sin trazas de contaminantes y lograda a través de procesos productivos que esmeran al máximo las condiciones de “naturalidad”. A la obtención e ingestión de tales alimentos llegan a vincular sus adeptos la mayor parte de su actividad vital y social. El concepto, aun poseyendo cierto o mucho grado de verdad desde un punto de vista estrictamente de teoría científica, se ha transformado, como tantas veces sucede en el pensamiento humano, en algo dogmático y, por eso, imposible de discutir y menos aún de rebatir en sus excentricidades. Por ejemplo, cuando en 1948 se concedió el Premio Nobel de Medicina a Paul Müller por su descubrimiento, tras muchos años de arduo trabajo de investigación, del *diclorodimetiltricloroetano*, o sea, del D.D.T., el mundo, que gracias a la eliminación de las plagas que destruían o mermaban las cosechas mundiales

podía comer más y mejor que lo hicieron sus antepasados, lo celebró y consideró esa distinción como una de las más merecidas. El uso del D.D.T. se ha desterrado, desde la agricultura a la desparasitación de las cabezas infantiles que algunos de nosotros hubo de recibir en las escuelas. Pero sus sucesores, menos tóxicos, más eficaces, siguen permitiendo que gran parte de la humanidad coma a diario. Los ortoréxicos lanzarán un dramático *vade retro* como a otros muchos productos tal que los abonos “artificiales” y llevarán a sus mesas, eso sí, a precio muy elevado, manzanas encanijadas, zanahorias arrugadas, peces y carnes procedentes de exclusivas “reservas” de difícil mantenimiento y explotación. Cada día más nos invade un tropel de gentes, enarbolando banderines pseudocientíficos, dispuesto a estropearnos el placer de una sabrosa gastronomía.

PELIAGUDO.

José Ignacio de Arana.

En el DRAE aparece la palabra peliagudo como: “Dicho de un negocio o de otra cosa: Difícil de resolver o entender.”; y se le da a este adjetivo la condición de “coloquial” que es tanto como rebajarlo de categoría para ponerlo a la altura del lenguaje popular sin el marchamo de purismo del lenguaje. Pues, una vez más, la respetabilísima Academia se queda corta. En ediciones anteriores el vocabulario le adjudicaba otra acepción más: “Se aplica al sujeto sutil o mañoso”. También se considera peliaguda en el habla común una situación peligrosa para quienes la protagonizan. En cualquier caso, peliagudo, de pelo largo y fino en su construcción lingüística, está de algún modo emparentado con una circunstancia fisiológica: la horripilación, el “ponerse los pelos de punta”, una palabra que ya se ha comentado alguna vez por su desuso en el lenguaje a pesar de lo gráfica que es la expresión. Seguramente la resolución de ciertos problemas que se plantean en la vida de cualquiera es un esfuerzo que provoca que se erice el vello, que se sienta el escalofrío, otra bonita y descriptiva palabra, que propicia la acción de los pequeños músculos cutáneos. Interesante paso al habla común de ésta como de tantas otras funciones fisiológicas que los científicos han desentrañado con sesudos estudios pero que la persona que habla “en román paladino” integra en su decir sin mayores jeribeques técnicos.

La condición de peliagudo parece unida indefectiblemente a muchos momentos de la profesión médica; aquellos en que tenemos que tomar decisiones que conllevan un riesgo para el paciente o, más a menudo, plantear a éste o a sus allegados un pronóstico poco halagüeño. Ningún otro oficio pasa en lo cotidiano con tanta frecuencia por situaciones “difíciles de resolver o entender” como el nuestro, pero eso es parte del mismo que aceptamos sin detenernos a la hora de elegir esto que hacemos.

El adjetivo se ajusta bien a otras circunstancias. Decía Spengler que las épocas decisivas de la historia, que son apasionantes estudiadas al pasar el tiempo, fueron en su momento angustiosas para sus protagonistas y para quienes las vivieron como meros espectadores. Algo parecido, con más ironía, es lo que el personaje Harry Lime, interpretado por el genial Orson Welles en *El tercer hombre*, dice a su amigo en lo alto de la noria del Prater vienés cuando compara los logros de la agitada Italia renacentista con los de la pacífica Suiza.

ADANISMO.

José Ignacio de Arana.

Existen ciertas frases que han adquirido la condición de bienes mostrencos a base de ser atribuidas a distintos autores según quien las utilice en un momento determinado. Una de ellas es la que dice que si los hombres actuales (dicho esto de “cualquier actualidad”) vemos más lejos que nuestros antepasados es porque somos enanos que van subidos a hombros de gigantes. La afirmación se le ha adjudicado a Newton, pero también a otros científicos y pensadores de casi cualquier época desde el escolasticismo medieval a nuestros días. Y es bien cierta aunque poco tenida en consideración por las nuevas generaciones; en realidad seguramente por cada nueva generación en cada momento de la historia como demuestra la reiteración en su pronunciamiento. En esas generaciones, y estoy pensando ahora en las de médicos, o sea, en los residentes y los ya especialistas pero de aún corta andadura profesional, lo que prima es el adanismo, el “hábito de comenzar una actividad cualquiera como si nadie la hubiera ejercitado anteriormente”. Esto, por un lado no es malo; es una forma de aprendizaje a base de llevarse los mismos coscorriones por el camino que ya se dieron otros en similares circunstancias. Pero este método de aprender no debe convertirse en norma porque, aparte de una pérdida de tiempo y un derroche de energía mental y hasta física que tendrían mejor ocupación, es también una muestra de desprecio hacia los predecesores. ¿Es que los médicos, siguiendo en nuestro campo, no han curado enfermos antes de la llegada, como una aparición, de los nuevos galenos? Pues claro que sí; con su mejor voluntad y sus mejores conocimientos en cada caso. Si la ciencia es cambiante, la ciencia médica, no la vocación de curar, cambia tanto o más que otras por muy exactas que puedan parecer. Y dentro de una generación, lo que ahora utilizamos como “último grito” diagnóstico o terapéutico se habrá quedado descolgado de la actualidad –los cursis, que abundan, dirán “obsoleto”- y nosotros pasaríamos a formar parte del acumulativo grupo de los torpes.

Mucha culpa de este adanismo la tienen, la tenemos, quienes enseñamos en la universidad y exponemos en nuestras clases la medicina más actual sin hacer ninguna referencia por lo general a de dónde viene eso que conocemos y practicamos. La historia de la medicina no es un adorno inútil de nuestro curriculum, es la savia que lleva miles de años nutriéndonos.

REFLEXIONES SOBRE LA LECTURA. (I)

José Ignacio de Arana.

En la prestigiosa revista *British Medical Journal* (BMJ 2014; 349:g4521) se publicó hace unos meses un brillante artículo como editorial firmado por Martin J. Tobin, médico especialista en neumología y cuidados intensivos que ejerce en un gran hospital de Chicago. El título capta enseguida la atención: “*Apague su smartphone y abra un libro.*” Se lo he leído a mis alumnos de la Facultad con aceptación variable, aunque me pareció que eran mayoría los que lo recibían al menos con curiosidad sugerente de que en cuanto meditaran su contenido apreciarían la verdad de lo que dice el autor. Reproduzco aquí el texto si bien lo he reducido un poco para ajustarlo a la extensión exigida en nuestro Laboratorio, recomendando, no obstante, su lectura completa en la referencia bibliográfica citada más arriba.

(...) “Al meditar sobre un pasaje difícil, mientras practicamos la “lectura on line”, nuestra mente se distrae al revisar nuestro correo electrónico o las noticias, o para comprar algo nuevo. En lugar de estar profundamente comprometidos con la palabra escrita, nos vemos seducidos por la falsa promesa de la multitarea. Por primera vez, las distracciones se han convertido en una parte integral de la experiencia de la lectura.

»(...) La lectura sostenida, profundamente comprometida de un libro requiere un compromiso mayor a la exigida por la pantalla. La lectura profunda que invita al lector a ir más allá del texto es lo que desencadena las vibraciones intelectuales en la mente.

»La expansión de la mente de los jóvenes es muy importante y, una vez expandida, nunca se retrae a su tamaño original. Lectura profunda es indistinguible del pensamiento profundo. La lectura alimenta a la mente con el material para la reflexión: nos convertimos en lo que leemos.

»(...) La capacidad de los médicos para resolver problemas está directamente relacionada con la cantidad de conocimientos específicos almacenada en sus cerebros. No basta con saber dónde encontrar la información; ésta necesita ser internalizada. Cuando un lector busca una comprensión global de un tema, él o ella se convierten en un libro, no en un conjunto de artículos. La información presentada en los artículos es fragmentaria por diseño y no delinea los límites de una disciplina,

dejando a los lectores ajenos a los grandes huecos en su propia base de conocimientos.

»(...) Los médicos que dependen de dispositivos electrónicos saltean mediante un cortocircuito el arduo proceso de memorización de los procesos fisiológicos complejos que son necesarios para alcanzar el razonamiento clínico experto. Esta consideración es especialmente importante en la medicina aguda, donde las decisiones rápidas (a menudo en rápida sucesión) exigen una respuesta instantánea.

REFLEXIONES SOBRE LA LECTURA. (y II)

José Ignacio de Arana.

Finalizo el resumen del artículo "*Apague su smartphone y abra un libro*" de Martin J. Tobin (BMJ 2014; 349:g4521) que comencé la semana pasada.

»(...) Los neurocientíficos han estado estudiando los efectos de la lectura en el cerebro durante décadas. El cerebro es infinitamente maleable y la lectura desempeña un papel importante en la formación de los circuitos neuronales y en la expansión de las formas de pensar. Los medios no sólo sirven como canales pasivos de información sino que también dan forma al proceso de pensamiento. Los investigadores han encontrado que no "leemos" en línea (on line) tanto como escaneamos pasajes cortos, saltando de un sitio a otro. La lectura ha adquirido una calidad de "staccato", en lugar de realizar el trabajo pesado de la concentración, el análisis y la contemplación.

»En un ensayo aleatorizado reciente, Mangen y sus colegas encontraron que los adolescentes que leyeron un material en una página impresa entendieron el texto significativamente mejor que aquellos que leyeron el mismo material en una pantalla. Los investigadores afirman que los lectores de impresos (papel) desarrollan la capacidad de "ver, tal como mediante el tacto se sienten la extensión espacial y las dimensiones físicas" de todo el texto contribuyendo así a una comprensión de un nivel superior. Nuestros ojos nos dicen que las palabras en una pantalla son idénticas a las de una hoja de papel. Pero nuestros ojos mienten.

»Los científicos cognitivos han descubierto que la lectura no es sólo una actividad visual, sino también una actividad corporal. Un libro es un objeto físico: se ve y se siente que un libro comienza y termina; se siente la textura de sus páginas. Hojeando de un lado a otro a través de las diferentes partes de un libro se nos proporciona un mapa mental de todo el texto, la comprensión de las relaciones y del contexto y nos ayuda a recordar. Estas experiencias táctiles están casi ausentes cuando se lee en una pantalla donde sólo es visible una página (o menos) a la vez.

»(...) Cuando nos enfrentamos a una pregunta difícil, los médicos a menudo encontramos la respuesta utilizando los recursos electrónicos. Pero el razonamiento clínico depende de formular la pregunta apropiada entre muchas otras posibles. Es ésta pregunta la que da paso a la selección de la mejor opción de la terapia en lugar de las alternativas menos eficaces. Pensar que un teléfono inteligente puede encontrar la mejor pregunta es poner el carro delante del caballo. La habilidad para

el razonamiento clínico depende del conocimiento almacenado por un médico, y la base para que eso se establezca es la lectura profunda de libros en lugar de la navegación on line.”

Más claro, el agua.

PÍLDORAS DE CAJAL.

José Ignacio de Arana.

El pasado día 8 de mayo, Fernando A. Navarro, en este mismo Laboratorio (*Casi todo Cajal, al alcance de un clic*) nos anunciaba la libre disponibilidad de las obras de don Santiago Ramón y Cajal al haber quedado liberadas de la atadura de los Derechos de Autor. Gran noticia aunque muchos las tuviéramos ya en papel y las hayamos disfrutado en lectura pausada. Como ya se ha comentado aquí alguna vez, Cajal dedicó una parte de su tiempo, siempre tan bien aprovechado, para explayarse en sus aficiones literarias. De modo que leerle no es sólo un ejercicio de aprendizaje científico sino un deleite porque eso también lo hacía magistralmente. Haga cada cual ese *clic*. Pero ahora traigo aquí una mínima serie de frases entresacadas de esas obras y que figuran en las antologías del autor. Sirvan para abrir el apetito de lectores que quizá piensen que don Santiago está pasado de moda.

-Cuando veáis un escritor que se mete con todo el mundo, es que aspira a que todo el mundo se meta con él. No habiendo podido ser admirado anhela ser temido.

-De todas las reacciones posibles ante una injuria, la más hábil y económica es el silencio.

-El que se toma las cosas a risa es siempre vencido por quien se las toma seriamente.

-En la vida del enamorado, los prudentes consejos del viejo suenan como la voz atiplada de un eunuco que disertara sobre las excelencias del celibato.

-Hay pocos lazos de amistad tan fuertes que no puedan ser cortados por un cabello de mujer.

-La verdad es un ácido corrosivo que salpica casi siempre al que lo maneja.

-O se tienen muchas ideas y pocos amigos, o muchos amigos y pocas ideas.

-Procuremos agradar e instruir; nunca asombrar.

-Quien desee firmísimamente poseer talento acabará por tenerlo.

-Lo peor no es cometer un error, sino tratar de justificarlo, en vez de aprovecharlo como aviso providencial de nuestra ligereza o ignorancia.

-Se conocen infinitas clases de necios; la más deplorable es la de los parlanchines empeñados en demostrar que tienen talento.

-¿No tienes enemigos? ¿Es que jamás dijiste la verdad o jamás amaste la justicia?

-Como hay talentos refinados por el estudio, hay tontos entontecidos por desuso.

-Las ideas no duran mucho. Hay que hacer algo con ellas.

-Las grandes obras las sueñan los genios locos, las ejecutan los luchadores natos, las disfrutan los felices cuerdos y las critican los inútiles crónicos.

AMAZONAS.

José Ignacio de Arana.

Desde los griegos clásicos el cuerpo humano ha sido considerado como una obra de arte en sí mismo y la belleza establecía sus cánones en las proporciones entre las distintas partes de ese cuerpo. El del hombre y el de la mujer, como es natural, tienen sus peculiaridades distintivas, aunque aquellos primeros artistas de Grecia no desdeñaran en ocasiones la oportunidad de representar figuras andróginas o claramente hermafroditas aprovechando retazos de su amplia y compleja mitología. En el caso de la mujer uno de los aspectos que más resalta su anatomía es el pecho y por ello esta porción del cuerpo femenino encontrará en pintores y escultores una atención especialísima en todas las épocas de la historia del arte. En realidad, muchos de los temas utilizados por los artistas, bíblicos, históricos, mitológicos o alegóricos no serán más que una excusa para plasmar sobre el lienzo, el muro o en material exento el cuerpo desnudo de la mujer. También del hombre, desde luego, y Adán o San Sebastián o cualquier héroe vigoroso se repetirán en las obras de arte. Pero serán la mujer y sus senos los que ocupen la mayoría del catálogo. Incluso hay toda una iconografía de vírgenes lactantes, interesantísima desde muchos puntos de vista para un pediatra amante y estudioso de las representaciones artísticas de su oficio, en la que el creador se esmera en los detalles del pecho virginal tanto o más que en los del resto de la obra.

Ese protagonismo del seno femenino en la identificación de la mujer como tal pudo ser uno de los motivos por los que los antiguos se vieron tan sorprendidos por un pueblo de mujeres guerreras, procedentes de Asia Menor, a orillas del Mar Negro, con el que se enfrentaron en varias ocasiones y que, según algunos cronistas, se amputaban el seno derecho para disparar con más facilidad sus certeros arcos. De ahí que las llamaran amazonas (*a mazos*, sin pecho). Su figura aparece especialmente en la mitología como la lucha de Hércules con la reina Hipólita y también en la literatura como en la *Iliada* donde vemos a Aquiles dar muerte a Pentésilea; este último nombre, por cierto, reaparecerá en nuestro *Quijote*.

DECÁLOGOS.

José Ignacio de Arana.

Si no tuviésemos diez dedos en las manos, muchas cosas serían distintas en nuestra vida cotidiana. La cifra diez, tan utilizada para enumerar preceptos, consejos y, por supuesto, como base para todo un sistema matemático, no es una cantidad aleatoria sino precisamente la más sencilla de contar con la elemental ayuda de los dedos. Por esa misma razón las primeras diez cifras se denominan “dígitos”, o sea, dedos. De modo que siempre me ha parecido absurda esa manía de muchos maestros de reprimir, y hasta castigar, la tendencia natural en quienes aprenden las primeras reglas aritméticas a utilizar los dedos para contar.

El decálogo por excelencia son los Diez Mandamientos dados por el mismo dios a Moisés en lo alto del Sinaí. ¿Por qué diez y no siete o catorce? Pensemos que la cultura del pueblo judío, quizá influenciado por sus largos años de permanencia en Egipto, al igual que siglos más tarde en la Babilonia mesopotámica, no usaba un sistema decimal para sus cálculos sino otros, especialmente el de base siete –días de la Creación, brazos de la *menorah* o candelabro litúrgico, jerarquías celestiales de la Cábala, etc.-. Y, sin embargo, desde los primeros momentos de su afirmación como pueblo autónomo en el *Éxodo*, figura el diez. Este número fue considerado como el de la perfección por las más antiguas culturas orientales y alcanzó con esa dignidad a occidente a través de la escuela pitagórica, insertándose luego en el cristianismo en la obra de San Jerónimo. Los semiólogos se entretienen mucho en el estudio del diez y expresan que aunque es un número par es asimismo una unidad, el comienzo de una nueva serie total, el resultado de la suma de los cuatro primeros números, siendo cuatro el símbolo de la tierra y de los límites espaciales... Y todo esto puede ser percibido por cualquiera, incluso un niño, con solo mirarse las manos.

Los médicos somos aficionados a redactar listas de normas, curativas o preventivas, para muchos asuntos sanitarios pretendiendo así que los pacientes o los sanos las recuerden con facilidad. Y casi siempre nos sale un decálogo de cada cosa. Algo tendrá, pues, el diez cuando “lo bendicen” desde el Sinaí hasta la O.M.S.

EL NOMBRE DE LA RISA.

José Ignacio de Arana.

Un proverbio japonés afirma que el tiempo que uno se ríe es un tiempo en que se está con los dioses. Muchos antropólogos han definido al hombre como el único animal que ríe; algunos otros han cuestionado este criterio pero la mayoría están de acuerdo en que la risa humana tiene unas características únicas en la escala biológica. Manifestar alegría y regocijo mediante la emisión de una serie de sonidos inarticulados, acompañados de ciertos movimientos de la boca y otras partes del rostro, que eso es reír, es algo que sólo hacemos los seres humanos de forma más o menos voluntaria y siempre consciente. Tan humano es, que la llamada “sonrisa social” que el niño adquiere durante sus primeras semanas de vida se considera en pediatría como un importante signo del desarrollo neurológico y afectivo de la criatura. El tradicional refranero médico lo expresa así: “El niño que no se ríe al mes, tonto es”. A lo largo de la vida la risa va a constituir una faceta muy importante de la sociabilidad del individuo y hasta, de alguna forma, una muestra de su grado de inteligencia. De tal manera es esto así que los extremos, el que se ríe por todo y el que no se ríe nunca, son ejemplos de auténtica patología afectiva. El humorismo, que es el modo de enjuiciar o comentar la realidad resaltando el lado cómico, risueño o ridículo de las cosas, sí que es una actividad exclusivamente humana.

La risa tiene, ya se dijo, muchos matices, desde la seriedad huraña a la risa insustancial. Luego el lenguaje proporciona un buen número de palabras que describen muy claramente los distintos tipos y grados de la risa: risa, sonrisa, carcajada, risotada; y también risica o risa falsa, sonrisa sardónica, risa floja...; incluso utiliza expresiones disparatadas pero muy gráficas como morirse de risa, partirse o troncharse de risa, mearse de risa... Y no olvidemos que una de las manifestaciones más claras e identificativas de un alto nivel de inteligencia y de un notable grado de equilibrio emocional es reírse de uno mismo, algo que ni mucho menos todos saben hacer pero que constituye un sano ejercicio intelectual.

EL ESCRITOR MÁS PROLÍFICO DEL MUNDO.

José Ignacio de Arana.

Brasil es una nación de exageraciones, desde su geografía y las etnias que la habitan hasta muchas de las actividades y tradiciones de sus gentes. Con Japón sucede otro tanto de lo mismo. No nos debe extrañar que si encontramos una mezcla de ambos el resultado sea asimismo exagerado. Es el caso de José Carlos Ryoki de Alpoim Inoue, conocido como Ryoki Inoue, un hijo de padre japonés y madre brasileña, nacido en Sao Paulo en 1946, quien ha sido incluido en el Libro Guinness de los records como el escritor vivo más prolífico del mundo. Ha publicado 1200 novelas, con una producción actual de seis títulos mensuales (obras de entre 150 y 400 páginas, no opúsculos). La temática de esa amplísima bibliografía es, naturalmente, variada pero con una marcada preferencia por las novelas policiacas, de espionaje, “del oeste” y asuntos “románticos”. Además escribe habitualmente en la prensa de su país. Ante esa masiva creación de títulos, su editor le ha forzado a utilizar hasta cuarenta seudónimos para firmarlos. La aceptación por parte del público brasileño es tan grande que incluso se llegó a prohibir en algunas plantas de producción automovilística del país que sus empleados llevaran sus libros para leer, ya que provocaban un bajón en la producción de la fábrica por sus absorbentes textos. Alguna novela la ha llegado a escribir en una sola noche de trabajo. En sus propias palabras, el secreto de este proceso creativo, es un 98% de sudor, un 1% de talento y un 1% de suerte. También ha dicho que tiene que cambiar con frecuencia los teclados del ordenador porque llega a “quemarlos”.

Si el lector de este Laboratorio se está preguntando el por qué de dedicar un artículo a Ryoki Inoue, debe saber que éste es médico, se especializó en cirugía torácica y ejerció en exclusiva nuestra profesión hasta 1986, momento en el que descubrió su vocación literaria y abandonando la medicina se volcó, a los 40 años de edad, a esta vertiginosa carrera de escritor.

La lista de sus títulos es, claro, larguísima, pero ninguno, que yo sepa, se ha traducido del portugués al español por lo que su conocimiento en España es limitado o nulo. No obstante, para el lector curioso, vayan aquí algunos de ellos: *O nome não importa*; *Sequestro fast-food*; *O Caminho das Pedras*; *O Vôo do Condor*; *Sempre há Esperança*. Y así hasta más de mil.



Ryoki Inoue.

EL GARROTILLO, DE TRISTE ACTUALIDAD.

José Ignacio de Arana.

El fallecimiento de un niño a consecuencia de la difteria, después de décadas en que la enfermedad había desaparecido de nuestro medio gracias a las campañas de vacunación sistemática de la infancia, ha devuelto a la actualidad un padecimiento en cuya descripción, sin embargo, fueron pioneros algunos médicos españoles que lo habían bautizado con el sonoro y gráfico nombre de *garrotillo*. Este nombre se usaba, únicamente en España y en naciones de nuestra lengua, para definir y describir el padecimiento de la difteria laríngea, enfermedad que solía causar la muerte por asfixia del paciente. En el año 1611 se publica en nuestra patria la obra monográfica de Juan de Villarreal *De signis, causis, essentia, prognostico et curatione morbi suffocantis*. La enfermedad al parecer no era conocida por los clásicos pero estaba provocando una elevada mortalidad en España. Villarreal defendió que a esta enfermedad se le denominase garrotillo ya que los que la padecían acababan muriendo de un modo similar a como lo hacían los reos ajusticiados mediante el sistema del “garrote vil”; no se mencionaban los síntomas viscerales a distancia originados por la exotoxina que tardaría aún siglos en ser identificada. Respecto a la etiología afirmó que era una enfermedad epidémica, que afectaba fundamentalmente a los niños y que era contagiosa. Lo más interesante del libro es su descripción clínica y anatómica. Distinguió dos clases de signos: los generales, comunes a todas las anginas, y los patognomónicos constituidos por la presencia de una membrana blanquecina sólida y consistente que cerraba la faringe y la laringe del enfermo.

También en 1611 se publicaron las importantísimas obras de Luis Mercado *De puerorum educatione* y la Francisco Pérez Cascales *Liber de affectionibus puerorum*; ambos son verdaderos tratados de pediatría en los que se hacen las primeras descripciones de la difteria infantil. Mercado utiliza también el término de garrotillo. El estudio de Mercado de esta enfermedad fue acogido con el máximo interés en toda Europa y siguió vigente hasta el siglo XIX que aportó sus conocimientos microbiológicos.

VINO ESPAÑOL.

José Ignacio de Arana.

“Al finalizar el acto se servirá una copa de vino español”. Así rezan la mayoría de las invitaciones que uno recibe casi a diario: cursos, conferencias, presentaciones; cualquier motivo es bueno en una gran ciudad, y aun en las más pequeñas, para organizar un “evento” como se dice en la terminología hodierna. La costumbre instituida es que se termine con un rato de confraternización y ruptura protocolaria alrededor de unos vasos de refresco y unos canapés que suscitan la desenvoltura de todo un gremio de profesionales o de avispados que se hacen con ellos en menos tiempo del que tarda el camarero en iniciar su ronda de reparto. Tengo mi marca personal en haber conseguido catar al vuelo cuatro de esas “delicadezas” en una tarde. Esos ágapes en miniatura se llamaron en tiempos “cóctel” en un arraigado anglicismo españolizado. Después, por prurito patriótico, supongo, se tornaron a llamar “copas de vino español”, aunque las “copas” y el “vino español” no constituyan más que una mínima parte, y no la más reclamada, de estos convites. Puestos a ser castizos, lo cual está muy bien, dicho sea de paso, yo propongo sustituir ese modismo por alguna de las palabras admitidas por la RAE y que se ajustan en su significado con mayor exactitud a lo que allí se realiza. Valgan tres ejemplos.

Refrigerio: corto alimento que se toma para reparar las fuerzas. **Piscolabis:** refacción ligera que se toma no tanto por necesidad como por ocasión o por satisfacerse (¡qué bonitas y acomodadas palabra y definición!). Y, sobre todo, **tentempié**, sinónima de la anterior según la Academia y extraordinariamente apropiada para las circunstancias en que suele desarrollarse el acontecimiento.

VIRGUERO.

José Ignacio de Arana.

No es una palabra que figure en el vocabulario de un bien hablado, pero desde luego está en el lenguaje común y se utiliza, siempre con valor encomiástico, por muchas personas. Y ¿qué dice la RAE de esto? Pues, como tantas veces, qué le vamos a hacer, dice poco y de escasa enjundia. La vigésima tercera edición del DRAE da al término, en sus dos distintas acepciones recogidas, la calificación de “adjetivo coloquial”, o sea, lo rebaja de categoría. Nos señala que procede de *virgo* y *-ero*, por aplicarse en origen a los mujeriegos y luego explica que es: “Dicho de una persona: Que hace las cosas con gran habilidad y perfección” y “Dicho de una cosa: Muy buena, extraordinaria”. Pues, y pese a la autoridad académica no va por esos derroteros la raigambre de esta palabra, como la de su íntimamente unida “virguería”.

No. A lo que hace alusión es al virgo, esto es, al himen cuya integridad garantizaba –o eso se pensaba- la virginidad y pureza de una mujer. Hoy estas cosas han dejado de tener importancia en buena parte de la sociedad, aunque no en toda ni mucho menos. Por si acaso, la cirugía ginecológica ha desarrollado técnicas para la himenoplastia con las que se actúa sobre esa porción tan delicada de la anatomía femenina. Pero si estas técnicas se llevan a cabo en el ámbito impoluto de un quirófano, durante siglos la labor de “reparar virgos” estaba encomendada a mujeres, y algún hombre, carente de cualquier oficio médico. Recordemos que la vieja Celestina era famosa en Salamanca y sus alrededores, entre otras “habilidades” relacionadas con el amor y sus cuitas, según nos narra Fernando de Rojas en su *Tragicomedia*, por esta de restituir virgos perdidos. Era un trabajo clandestino, delicado, difícil y siempre muy bien pagado. Era una auténtica “virguería”. De ahí tomó nuestro idioma el término y, con la picardía que tiñe tan frecuentemente el lenguaje español, lo ha aplicado como adjetivo de mérito. Se habrá perdido su etimológica crudeza, pero no por ello tenemos que obviarla en un laboratorio como éste.

EL BUEN PADRE.

José Ignacio de Arana.

No es fácil, nunca lo ha sido, ser “buen padre” o “buena madre”, tanto da. Una institución tan primordial como la familia, entendido ese calificativo no sólo en el sentido de precedencia histórica sobre cualquier otra sino asimismo en el de valor intrínseco dentro de la sociedad en su conjunto, ha tenido desde su mismo origen muchas dificultades para que sus miembros alcancen el mayor bienestar físico, psíquico, espiritual y ético. En unos casos, muchos, se ha conseguido; en otros, muchos también, se ha quedado por el camino o ha sido un fracaso total. A las intenciones de padres e hijos habrá que concederles el beneficio de la duda y considerarlas en principio siempre buenas. A lo largo de los tiempos se han escrito y dictado innumerables y sesudos discursos sobre cómo educar a los hijos y cómo convivir en el ámbito familiar. La mayoría de los progenitores y de los vástagos, sin embargo, no han, no hemos, llegado a leerlos o escucharlos. Nos hemos regido por el instinto, la tradición, el ejemplo o el sentido común o por una mezcolanza de todo ello. El deseo ha sido ese que se resume en el término de “ser buenos padres”.

Pero ahora no. Ahora hay que atender a la “parentalidad positiva”. Caramba, y eso ¿qué es? Pues una definición, escogida al azar de entre las que pueblan los medios es que se trata “de una manera de entender la crianza y la educación. Está basada en el respecto a las necesidades de los niños y niñas y en la puesta en marcha de acciones que favorezcan su desarrollo, como pueden ser el fortalecimiento del apego, la interacción a través del juego, la comunicación sin exposición al conflicto..., teniendo en cuenta el entorno de cada familia y las habilidades de los padres y/o madres. (...). Para ello, los y las profesionales deben transmitir a las familias las necesidades infantiles de atención, respeto, educación, normatividad y afecto. Esto permitirá que los niños y las niñas puedan desarrollarse como personas con una buena autoestima, lo que les hará crecer de forma sana y feliz en sociedad.” O sea, lo mismo de siempre pero con más plumas.

Ahora ya ni crear y criar una familia puede hacerse sin seguir un protocolo. Si es que uno no sabe cómo durante milenios, antes de la llegada de tan relumbrantes pedagogos, hemos podido salir tantos medianamente normales.

MÁS PSIQUIATRAS.

José Ignacio de Arana.

El Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía ha concedido las “Residencias de investigación 2015-2016”. Estos son los títulos y breves resúmenes de los trabajos seleccionados en su sexta convocatoria (transcripción, aseguro, literal).

“La mediación performativa. Procesos emergentes en los cruces de la práctica artística, educativa y comisarial.” “La propuesta de investigación se basa en establecer una reflexión en torno a los modos de mediación. Se entiende por mediación aquel proceso que se orienta a generar conexiones a fin de propiciar procesos de emergencia.”

“Prácticas artísticas y curatoriales: estructuras independientes e instituciones museológicas desde 2000.”

“Notas para una Anarchistoria de la Inexistencia. Modos de sustracción artística del arte contemporáneo.” “Existen performances, acciones de arte, «sin domicilio fijo”. Inexistentes a la norma establecida, sin nombre, sin tierra, estas acciones habitan una condición nómada, migrante, desplazada, desapareciendo como agujeros excedentes a la situación. A través de una estrategia sustractiva estas performances hacen una acumulación subversiva de gestos rutinarios contra la nomenclatura del Capital.

“Doblar / desdoblar. Arquitectura, flamenco y operaciones coloniales.” “Esta propuesta de investigación consiste en ampliar y profundizar las investigaciones [para] generar conocimiento en torno a una pregunta aparentemente simple: ¿qué relación hay entre la arquitectura y el flamenco? Se propone repensar la pregunta desde una perspectiva descolonial, dar forma a una herramienta de análisis compleja que se pueda enmarcar en una cierta epistemología del sur, basándose en la mirada del hecho espacial del flamenco y de esta manera abordar la complejidad resultante de diversas operaciones coloniales.”

“La creatividad como espacio de conflicto. Proyecto de investigación crítica y creación colectiva.” “[investigación] sobre las formas de creatividad, el papel clave que juegan en el proceso de producción de nuevas subjetividades en el capitalismo cognitivo y las fracturas y líneas de fuga que pueden trazarse desde la producción artística, la pedagogía y el activismo político.”

Y el lector se preguntará: ¿qué hace esto en un laboratorio dedicado, en principio, a los médicos? Pues apoyar la solicitud de quien firma para que se convoquen más plazas de psiquiatría en el SNS. Van a hacer falta.

SALUDAR.

José Ignacio de Arana.

De siempre, cuando dos o más personas se han encontrado, o al despedirse, se ha dirigido mutuamente alguna muestra de benevolencia o respeto mediante señales formularias que han permanecido casi invariables a través del tiempo con características étnicas, culturales o geográficas. Así, el estrecharse la mano derecha o el mostrar la palma abierta de ésta es signo universal de paz porque señala que no se lleva un arma con la que se amenaza al otro. Los orientales se inclinan ofreciendo una señal de sumisión. El beso, que hoy se restringe a pocos casos, entre mujeres o cuando existe una familiaridad manifiesta, fue por mucho tiempo otro signo de paz y de confraternidad; el beso se daba, naturalmente, en la boca, aun entre hombres, porque de esa manera se compartía el espíritu que según milenaria creencia tenía en la boca y en el aliento su camino de expresión.

Pero la fórmula de cortesía más habitual va unida a demostrar interés por el estado de salud del interlocutor o a deseársela en cualquier caso. Precisamente eso es lo que configura el término *saludar*, de casi imposible sustitución por otro, al menos en español, aunque haya adquirido modos muy distintos. Decir “hola o “adiós” –no digo ya el absurdo “hasta luego” que ha venido a sustituir casi por completo a este último vocablo en un alarde ridículo de “paganización” del lenguaje– no parece en principio que tenga relación directa con la salud, pero la tienen cuando son los instrumentos verbales del saludo. Un “buenos días, tardes o noches”, también en aparente retroceso en el cada vez más corto lenguaje coloquial, son asimismo manifestaciones de un deseo de bienestar, se supone que en primer lugar físico, esto es, de salud.

Si en la escala de preocupaciones de los humanos se sitúa en un primerísimo lugar el estado de la salud propia y de los más allegados, bien está que nos interese por ella. Los médicos lo hacemos por oficio; el común, por cortesía.

CONTRICIÓN Y ATRICIÓN.

José Ignacio de Arana.

Antes conocíamos estas dos palabras, y la diferencia esencial entre ellas, aunque quizá sin entenderla demasiado bien, los chiquillos que habíamos pasado por las clases de catecismo preparatorias para recibir la primera comunión, que éramos todos. Hoy seguramente ni se usan y, si lo hacen, se tergiversan y revuelven. Aunque ambas tienen una clara raigambre religiosa y se refieren a la forma de manifestar el pesar por haber ofendido a Dios o transgredido sus mandamientos, la contrición por íntimo dolor de la ofensa y la atrición por temor a sus consecuencias, las dos se despojaron de esas connotaciones para entrar en el lenguaje común, si bien lo hicieron con timidez y poco convencimiento de modo que tuvieron escaso éxito. Sí se oye a veces hablar de que alguien se siente contrito por haber actuado de alguna manera poco “correcta”, pero la palabra vale aquí por arrepentido en términos generales, pero sin entrar a determinar detalladamente si por sincera convicción o por miedo a una acción punitiva de la parte contraria o de la sociedad. Lo de atrito ha pasado ya por completo al oscuro baúl de las palabras perdidas.

Otra cosa es la atricción que se define como el desgaste de la superficie de las piezas dentarias ocasionado por el roce entre ellas, en el caso, por ejemplo del bruxismo infantil o del adulto, o con los alimentos que han sido desgarrados durante el acto de comer. En este último sentido, la atricción adquiere un importante valor en los estudios de antropología puesto que permite, junto con otros datos del entorno, conocer, o suponer con bastante fiabilidad, la dieta de los humanos primitivos de un determinado enclave o yacimiento. Atapuerca y su burgalés Museo de la Evolución son un muestrario excelente de este patrón morfológico.

Ya se ve, una vez más, como la lengua, con mínimas variaciones léxicas, que son fruto de las tan a menudo olvidadas fuentes etimológicas, puede cambiar una palabra, que pronunciaremos igual, entre un acto moral y otro dietético.

MÁS SOBRE PALABROTAS.

José Ignacio de Arana.

En España el que no hace y publica algún trabajo de investigación, de los denominados “de campo”, es realmente porque no quiere o no le pone al asunto la suficiente dosis de imaginación e ingenio. Valga como ejemplo un reciente estudio llevado a cabo en una prestigiosa universidad madrileña por un experto en dialectología, sociolingüística y lexicología según cita la nota de prensa de donde tomo la noticia, que viene a revelar que “el uso del taco en el lenguaje hablado se ha incrementado de forma notable a partir de la democracia”. Ahí queda eso. ¿Es mezclar churras con merinas? Pues no. El profesor Florentino Paredes, autor del estudio explica que han aumentado este tipo de expresiones entre las mujeres, cuando tradicionalmente estaban asociadas al habla masculina. “Parece ser – continúa- que estos recursos lingüísticos (en el que incluye el tuteo generalizado) se han extendido sobre todo a partir de la llegada de la democracia; y tiene relación, por una parte, con la posibilidad de hablar abiertamente de temas que estaban vetados socialmente en la dictadura, y por otra, con la tendencia a una sociedad más igualitaria”. Cada día se sorprende uno, que ya tiene sus años encima, de la cantidad de cosas que hizo durante mucho tiempo con total naturalidad sin saber que estaba infringiendo un veto ni promoviendo una desigualdad social. Pero no creo que ese incremento, ciertísimo, del uso de tacos o palabrotas, mayoritariamente asociadas con asuntos escatológicos y, sobre todo, sexuales, como ya se comentó en otro artículo de este Laboratorio (*Diario Médico*, 25 de marzo de 2013), tenga que ver directamente con un proceso político sino con otro de deterioro progresivo y galopante de la educación básica de las nuevas generaciones. Países con más larga tradición democrática que España poseen expresiones parecidas en su habla coloquial, pero las moderan, sin vetarlas en ningún caso, con el freno mental de una “buena educación” recibida desde la infancia en la escuela y en el hogar familiar. ¿Qué la educación decae con la democracia? Ni por asomo se me ocurre establecer semejante correlación, como lo demuestran esas naciones de nuestro entorno. La educación decae por abandono; sea la culpa de quien fuere.

LOS RUIDOS DEL CUERPO.

José Ignacio de Arana.

Uno de los episodios más curiosos de la historia de la medicina es el del invento por parte de Teófilo Laennec de la auscultación mediata. Su intuición del estetoscopio y la posterior difusión mundial de ese hallazgo del ingenioso médico francés de los años napoleónicos son bien conocidas por el lector. Efectivamente, se había descubierto que en el interior del cuerpo se producen multitud de sonidos que debían estar directamente relacionados con el funcionamiento de los órganos y, lo que era más importante, con las alteraciones de ese funcionamiento que condicionaban la aparición de las enfermedades.

Lo que me hace traer a este laboratorio al médico parisino es precisamente que Laennec creó una terminología absolutamente práctica y clara, un lenguaje que no recurría a terminologías griegas o latinas para describir cada uno de esos sonidos, sino a conceptos e imágenes tomados de la vida más cotidiana. La descripción que de los sonidos intracorporales hizo Laennec tenía por fuerza que acomodarse a imágenes auditivas fácilmente reconocibles. Así, habló de soplos, choques, estertores, ruidos de tubo, de ánfora, de caverna, crepitaciones, roces, etc. Esta terminología persiste hasta hoy y sigue siendo universalmente utilizada sin que nadie haya intentado modificarla puesto que une a su sencillez el ser extraordinariamente gráfica.

En ocasiones, el médico, mientras ausculta, solicita al paciente que haga determinadas maniobras que favorecen la transmisión del sonido. Uno de los que más curiosidad despiertan es el de pronunciar el número, aparentemente cabalístico, de treinta y tres. ¿Por qué treinta y tres y no cincuenta y siete o ciento veintidós? La cosa no tiene nada de misteriosa numerología. Sencillamente se trata de que el paciente pronuncie palabras que contengan sonidos resonantes como nuestra letra erre; se escogió, en español, nadie sabe por qué, quizá por su brevedad, el treinta y tres como se podía haber elegido "carros y carretas" o "el perro de San Roque no tiene rabo porque Ramón Ramírez se lo ha cortado".

ONOMATOPEYAS.

José Ignacio de Arana.

La onomatopeya, vocablo que imita o recrea el sonido de la cosa o la acción nombrada, está en la raíz de muchas palabras de uso corriente de las que hemos perdido la noción de ese origen. Es lógico, puesto que remontándonos a la paleoantropología lingüística, se entiende que el hombre empezara por imitar con su aparato fonatorio los sonidos que se producían a su alrededor procedentes de los seres o las cosas con las que interactuaba. Hoy disponemos de un amplísimo vocabulario, pero seguimos utilizando onomatopeyas que además, por su misma naturaleza, son prácticamente universales, pertenecen a un idioma “sin palabras” con el que podemos comunicarnos sin demasiado problema con gentes de otra lengua nativa: *mua*, *brr*, *zas*, *patapum*, *tic-tac*, *pii-pii*, y unos cuantos centenares más que a cualquiera se le ocurren, están en el habla casi cotidiana y sin distinguos en el nivel cultural del hablante.

Un ámbito en el que la onomatopeya adquiere especiales características es el del lenguaje escrito. Acabo de mencionar varias de ellas en una versión diríamos que “fonética” en español, pero, ¿cómo habrían de escribirse en otros idiomas en los que no existe la casi absoluta correspondencia que hay en el nuestro entre ambas formas del lenguaje? La narrativa, ciertamente, no se prodiga en estas expresiones, pero hay un rinconcito, generalmente menospreciado por los sedicentes lectores “serios”, en los que sí tiene cabida y además frecuente. Me refiero al cómic, término de importación pero ya aceptado académicamente. En él es necesario que el sonido de las cosas sea representado “verbalmente” y el autor se despepita el cerebro para que, junto con la imagen, el lector tenga un completo entendimiento de una situación. Un genio de esta variedad literaria, nuestro Francisco Ibáñez, lleva décadas deleitando a niños y adultos –más a éstos que a aquéllos estoy seguro- con sus personajes y se podría recoger una antología de las onomatopeyas que representa en sus viñetas, lo mismo que de los exabruptos de los protagonistas que él dibuja como sapos, culebras, burros, rayos, explosiones... sin que se tenga ninguna dificultad para entenderlos. Sería muy interesante hacer un parangón con la forma de representar las onomatopeyas en el autor español y en otro autor de comics genial, el belga Hergé que pensaba y escribía en francés.

PÍLDORAS DE MARAÑÓN.

José Ignacio de Arana.

Nombrar en un ambiente médico español, y seguramente también internacional, a Gregorio Marañón es hacerlo con un paradigma de la medicina y a la vez de toda la cultura y del más amplio trabajo intelectual; virtudes todas ellas que, además, supo transmitir con lucidez y claridad de lenguaje, cosa que no siempre va unida a la valía en una profesión. Traigo aquí algunas de sus frases en forma de píldoras, como ya se ha hecho en ocasiones anteriores con otros personajes, que pueden servir de beneficio para el ánimo o, cuando menos, para deleite del lector, que no es poco.

La rapidez que es una virtud, engendra un vicio, que es la prisa.

El trabajo sin prisa es el mayor descanso para el organismo.

La ciencia, a pesar de sus progresos increíbles, no puede ni podrá nunca explicarlo todo. Cada vez ganará nuevas zonas a lo que hoy parece inexplicable. Pero las rayas fronterizas del saber, por muy lejos que se eleven, tendrán siempre delante un infinito mundo de misterio.

Es una ley inexorable en la vida de los sexos, la acción anafrodisíaca de la costumbre.

Aunque la verdad de los hechos resplandezca, siempre se batirán los hombres en la trinchera sutil de las interpretaciones.

Vivir no es sólo existir, / sino existir y crear, / saber gozar y sufrir / y no dormir sin soñar. / Descansar, es empezar a morir.

La capacidad de entusiasmo es signo de salud espiritual.

La multitud ha sido en todas las épocas de la historia arrastrada por gestos más que por ideas. La muchedumbre no razona jamás.

El hombre ha de ser esclavo de la acción si quiere vivir.

Tienes más cualidades de lo que tú mismo crees; pero para saber si son de oro bueno las monedas, hay que hacerlas rodar, hacerlas circular. Gasta tu tesoro.

Cada hombre lleva un fantasma de mujer, no en la imaginación que entonces sería fácil de expulsarle; sino circulando en su sangre, y cada mujer un fantasma más o menos concreto de hombre.

La verdadera grandeza de la ciencia acaba valorándose por su utilidad.

Nadie más muere que el olvidado.

EL VIOLÍN Y LAS VÉRTEBRAS DE INGRES.

José Ignacio de Arana.

El madrileño Museo del Prado acoge una gran exposición dedicada al pintor francés Jean-Auguste Dominique Ingres (1780-1867) del que no existe en nuestro país ninguna obra en colecciones públicas a pesar de su prolífica producción durante su larga vida. Cualquier aficionado o gustoso del arte debe incluir entre sus obligaciones la visita al museo en estos meses. Pero si este admirador es además médico puede añadir dos alicientes al del mero disfrute artístico.

Por un lado, un dato puramente médico. La figura, deslumbrante, representada en el cuadro *La gran odalisca* (1814), que cuelga habitualmente en El Louvre parisino, tiene una espalda peculiar ¡con tres vértebras lumbares suplementarias! Es una curiosísima licencia anatómica del artista con la que destaca la longitud y curvatura de esa región de la anatomía femenina. Seguramente alguien no médico no se fije de primeras ni de segundas en esa peculiaridad, pero a los de nuestro oficio es difícil que nos pase desapercibida por muy extasiados que estemos ante la belleza del retrato. En algunos medios de crítica artística se habla, efectivamente, de las “vértebras de Ingres”. El pintor no se consideró nunca a sí mismo como un retratista aunque realizó muchos y magníficos. Esa libertad de criterio fue quizá la que le permitió ese alarde, pues antes que un retrato personal, que sin duda lo es, quiso hacer en su obra un canto a la belleza femenina y los cánones dictados por la naturaleza se le quedaban menguados. Otro pintor, que se reconoció influido en algún momento por Ingres, nuestro Picasso, hará casi un siglo después otro ejercicio de originalidad y en sus *Señoritas de Aviñón* (no de Avignon como erróneamente suele decirse), pintará a sus protagonistas, obra llamada a ser el origen del llamado Arte Moderno, ¡sin ombligo! ¿La pintura como reproducción fiel de la naturaleza? No. La pintura como arte creador de una naturaleza nueva.

El segundo punto interesante en la obra de Ingres no está en sus pinceles sino en su biografía. Ingres estudió música, disciplina en la que destacó y durante una temporada fue segundo violinista en la orquesta del Capitolio de Toulouse. Los franceses crearon la expresión *violín de Ingres* para referirse a una actividad que en apariencia nada tiene que ver con la principal de un individuo, pero que en realidad es para éste muy importante y, sobre todo, relajante. ¿No deberíamos los médicos, siempre tan sumergidos y a veces tan pesados con lo nuestro, tener un “violín de Ingres”? El visitar y disfrutar exposiciones puede valer.

ROGATIVA.

José Ignacio de Arana.

Todos los estudios “de audiencia”, tan en boga, lo confirman: los espacios televisivos más seguidos por los espectadores, de cualquier nivel y condición, son los de información y previsión meteorológica. Siempre ha existido ese interés aunque, claro está, en cada época a su modo. De mirar las nubes, olisquear los vientos y hasta escrutar el vuelo de las aves, hemos pasado a cambiar de un canal a otro del televisor según cuál nos merezca más confianza. De escuchar la experiencia de los mayores o el toque de las campanas rurales (“a nublado”, “a granizo”...), a oír mientras cenamos la voz de una atractiva locutora o ver los movimientos en el vacío de algún meteorólogo dicharachero y jovial. Poco nos importa en realidad que mañana llueva, nieve, relampaguee o sople un viento de los que arrancan las veletas; poco salvo que ese mañana se nos pueda torcer un plan de ocio. Saber y comentar el tiempo que hace o que hará tiene hoy poca importancia para las gentes urbanas que somos mayoría y, sin embargo, sigue siendo un socorrido tema de conversación cuando no se sabe de qué conversar; sobre esta costumbre “social” recomiendo la lectura o relectura del clásico *El mono desnudo* de Desmond Morris.

Si conocer la predicción climática se ha convertido, pues, en un hábito más, qué decir de la creencia en las posibilidades de cambiar ese pronóstico a nuestro favor. La fe absolutamente ciega en la naturaleza y en las leyes que la rigen, y que en su mayoría desconocemos como ignoramos la voluntad de otros poderes preternaturales, hace que renunciemos de antemano a semejante idea aunque a veces ya nos gustaría. En este sentido y durante muchos siglos estuvo vigente la utilización de la “rogativa”. El DRAE la define como “Oración pública hecha a Dios para conseguir el remedio de una grave necesidad”. Por Galicia, como nos cuenta Álvaro Cunqueiro en sus maravillosos cuanto hoy olvidados libros, hasta no hace mucho en las iglesias de la Costa de la Muerte y de la Mariña lucense se seguía, por rutina, claro, rezando aquella letanía ancestral: “*De furore normanorum liberanos Domine*” que impetraba la ayuda divina contra las incursiones vikingas. Pero el término de “rogativas”, así, en plural, estaba casi limitado a la petición de lluvia en periodos de sequía o de su cese en temporadas de agua sin descanso. Hoy las “rogativas”, salvo en su acepción jurídica bien distinta, han pasado no ya a la historia

sino al arrinconado arcón del folclore. Sin embargo, algunas predicciones de la muy científica meteorología no me parece que fallen menos que las viejas procesiones.

POLICLÍNICA.

José Ignacio de Arana.

El D.R.A.E. se queda, como tantas veces, qué le vamos a hacer, bastante corto a la hora de definir esta palabra. Dice, sin más, que es un “Establecimiento privado con distintas especialidades médicas y quirúrgicas”. Lo cierto es que quienes hemos trabajado en grandes hospitales cuando éstos comenzaban a erigirse en España casi como una novedad, las llamadas con cierta ampulosidad propia del momento histórico “ciudades sanitarias”, conocíamos en esos centros con el nombre de policlínica a lo que ahora se denomina en casi todos ellos “Consultas externas”. Allí aprendimos los alumnos a hacer nuestras primeras y balbucientes historias clínicas y a explorar con los cinco sentidos el cuerpo de los enfermos. La asistencia sanitaria extrahospitalaria, aun la cubierta por el régimen de la Seguridad Social, era bastante limitada y, sobre todo, se encontraba dispersa para su utilización por los pacientes: Consultorios de medicina general y pediatría, unos pocos “ambulatorios” donde se acomodaban varias especialidades y algunos servicios centrales como radiología y laboratorio...; pero la mayoría de las consultas de estas especialidades se llevaban a cabo en los propios despachos de los profesionales obligadamente sitos en lugares distanciados entre sí. Las policlínicas de los hospitales venían a subvenir a la conveniencia de una centralización “física” y además aprovechaban la infraestructura tecnológica y de personal de los mismos. Hoy los “Centros de Salud”, distribuidos en la proximidad de cualquier núcleo de población, urbana desde luego, pero también rural, han hecho perder parte de su función a las antiguas policlínicas hospitalarias que ahora atienden de forma ambulante a pacientes en su mayor parte que proceden del mismo hospital, bien como fase previa a su tratamiento en el centro o a la utilización de alguno de los sofisticados medios diagnósticos sólo allí disponibles, o como revisiones de quienes han sido dados de alta tras un ingreso en él. Sus salas están siempre llenas de pacientes, es verdad, pero hay que pensar que la inmensa mayoría de los enfermos son ahora atendidos fuera del ámbito hospitalario. La distinción entre medicina “primaria”, “secundaria” y “terciaria” quizá no esté totalmente establecida en la práctica, y aun es posible que no lo llegue a estarlo nunca por motivos que no es éste el lugar de discutir pero entre los que cuentan tanto la disposición y mentalidad de los pacientes como de los médicos y sanitarios en general. Pero el camino, al menos sobre el papel, está bien planteado.

PÍLDORAS DE BAROJA.

José Ignacio de Arana.

Pío Baroja: escritor, pero también médico. Escribía como a golpes de escultor en piedra. Su prosa a veces raspa hasta las normas de la gramática, pero el resultado es una obra maravillosa que además abarca todos los aspectos de la existencia mirando y escarbando en ellos como sus personajes de *La busca* lo hacen en los vertederos de la ciudad. En *El árbol de la ciencia* traza una magistral panorámica de la vocación y el ejercicio de nuestra profesión médica, con sus triunfos y sus miserias aunque desemboque en una crisis dramática. Tomemos ahora algunas de sus píldoras diseminadas por su colosal bibliografía.

- Sólo los tontos tienen muchas amistades. El mayor número de amigos marca el grado máximo en el dinamómetro de la estupidez.

- Si quieres hacer algo en la vida, no creas en la palabra imposible. Nada hay imposible para una voluntad enérgica.

- Aunque tengamos la evidencia de que hemos de vivir constantemente en la oscuridad y en las tinieblas, sin objeto y sin fin, hay que tener esperanza.

- Cuando el hombre se mira mucho a sí mismo, llega a no saber cuál es su cara y cuál es su careta.

- La ley es inexorable, como los perros: no ladra más que al que va mal vestido.

- A una colectividad se le engaña siempre mejor que a un hombre.

- La verdad no se puede exagerar. En la verdad no puede haber matices. En la semi-verdad o en la mentira, muchos.

- Son los inocentes y no los sabios los que resuelven las cuestiones difíciles.

- La gente goza de tan poca fantasía que tiene que recoger con ansia unos de otros esos pequeños adornos de la conversación. Son como traperos o colilleros de frases hechas.

- Dejemos las conclusiones para los idiotas.

- La literatura no puede reflejar todo lo negro de la vida. La razón principal es que la literatura escoge y la vida no.

- Siempre es simpático el que triunfa.

- La claridad en la ciencia es necesaria; pero en la literatura, no. Ver con claridad es filosofía. Ver claro en el misterio es literatura.

- El psicoanálisis es el cubismo de la medicina.

- En la vejez no se hace más que repetirse.
- El niño ríe por alegría; es el primer escalón. El humorismo ríe con tristeza; es el último escalón. Aurora y crepúsculo.
- Si alguna vez descubre usted alguna ley, sea usted prudente y no trate de aplicarla. Ha descubierto la ley..., es bastante. Porque si esta ley es física y trata de aplicarla en una máquina, tropezará con la materia bruta; y si es una ley social, tropezará con la brutalidad de los hombres.

SOLILOQUIOS.

José Ignacio de Arana.

Hablar solo es un signo de regimiento mental alterado, aunque por cualquier calle o en el transporte público vemos con frecuencia a individuos que van manteniendo estos monólogos en voz alta para consigo mismos o con alguien invisible para los demás. Pero ahora todos nos vemos obligados a tener alguna de estas conversaciones sin interlocutor. La implantación de los contestadores automáticos en muchas líneas telefónicas de uso habitual, laboral, social, hasta familiar, nos lleva casi cotidianamente a forzar el uso del habla. Lo que antes se llamaba “dejar un recado” y que se hacía bien por escrito, las menos veces, o por intermedio de alguna persona que fuera a contactar con el destinatario, se hace ahora contándose a una impersonal máquina que nos ha interpelado con un no menos impersonal mensaje grabado, un pitido como señal de salida y un límite de tiempo que nos puede dejar literalmente con la palabra en la boca si no somos suficientemente rápidos en explicar nuestra solicitud o el motivo de la llamada. No es nada fácil, además, encontrar el tono del habla con esos aparatos. Como hoy hay manuales para todo lo imaginable y mucho de lo inverosímil, se han escrito también para estos casos: “Primero, identifíquese diciendo su nombre y apellidos. Segundo, vaya directamente al asunto que quiere tratar. Tercero, sea conciso..., etc.” Pero ¿quién, cuando habla directamente, cara a cara, o incluso telefónicamente pero con otro ser humano sigue estas normas de prontuario escolar? La mayoría de las personas desde luego que no. Una conversación, por formalista que sea, adquiere mil peculiaridades, giros, tonos, perífrasis y formas coloquiales del lenguaje según sea quien hable y quien escuche o conteste. Al contestador automático se le habla por lo general de modo envarado, sin ninguna naturalidad ni en la voz ni en la exposición con lo que muchas veces el mensaje es difícilmente inteligible; no falta quien directamente, al escuchar la monserga del contestador, cuelga de forma airada o tras dedicar al venidero escuchante un exabrupto, eso sí, sin identificarse como prescribe el manual. En el futuro dicen que hablaremos con las máquinas. Será verdad, ya casi lo es, pero habrá que elaborar un nuevo uso del lenguaje y de la elocuencia, aun de la más pedestre y del día a día, para no caer en una especie de lengua franca “a lo Tarzán”.

LÍNEA ROJA Y HOJA DE RUTA.

José Ignacio de Arana.

Cada época tiene sus modas lingüísticas como las tiene vestuarias, decorativas, arquitectónicas o de costumbres, por ejemplo. Hoy no se puede andar por la vida, en especial si se desempeña alguna labor social, sin ir provistos de una “hoja de ruta” y teniendo mil cuidados de no rozar, ni aun menos traspasar, ninguna “línea roja”. ¡Qué cosas! Hasta hace poco bastaba con tener algún proyecto más o menos claro y no meterse en donde no le llamaban a uno o donde podía molestar a los demás. Lo de la línea roja era una expresión de origen militar –algunos recordamos la novela y la película “Las cuatro plumas”- para referirse a la formada en la batalla por los soldados británicos de su época colonial con sus llamativas casacas de ese color; otra película basada en una obra literaria, “La delgada línea roja” (1998, dirigida por Terrence Malick) evoca esa misma idea aunque traspasándola a un episodio de la II Guerra Mundial con soldados norteamericanos en la lucha por la isla japonesa de Guadalcanal. Nada que ver, pues, con límites éticos o de otro tipo sino con los muy restringidos de la topografía. En cuanto a la hoja de ruta es más bien término mariner o, mejor dicho, náutico y plasmado en un papel o carta de navegar; y, por cierto, esa hoja de ruta puede cambiar en cada singladura o ser modificada por el capitán en el curso del viaje sin que ello suponga desdoro, sino quizá pericia; por tanto, la hoja de ruta que ahora sirve para designar un proyecto irrenunciable, en realidad está sujeta, y esto vale también como oportuna metáfora, a como soplen los vientos. Otra vez ¡qué cosas!

Claro que estas imprecisiones del lenguaje a la moda suelen ser utilizadas por los mismos individuos que no tienen empacho en llamar “alma mater”, o sea, “madre nutricia” a un directivo de empresa, al fundador de cualquier establecimiento o a la organizadora de un mercadillo benéfico.

En todo lo cual se trasluce una verdad como un templo: aquí lo que falta es cultura general. Y lo que sobra, aunque a nosotros nos entretenga, palabrería, que es una forma de corromper el lenguaje.

LA MONDA.

José Ignacio de Arana.

En el amplísimo grupo de las palabras polisémicas de nuestro idioma esta de monda tendría un lugar especial por lo distantes que nos parecen sus significados en el habla. Según el D.R.A.E. varias de las acepciones del vocablo hacen referencia al acto de eliminar una porción innecesaria o molesta de algunas cosas, como la cáscara de ciertas frutas o las ramas superfluas de los árboles. Otra hace mención de monda como “locución verbal” de “parecer extraordinario en buen o mal sentido”. Hasta aquí, diríamos, que esos significados son usados de forma natural por más que la mayoría ignore su origen en el latín *mundare*, limpiar, purificar y *mundus*, limpio o curioso. En cuanto a lo de “ser la monda”, ni el María Moliner ni el casi exhaustivo libro de José M^a Iribarren *El porqué de los dichos*, nos aclaran la procedencia de tal expresión que, sin embargo, no parece extrañar al común de los hablantes en español.

Pero hay otra monda que ya se sale del entendimiento ordinario aunque su uso esté arraigado en el lenguaje y tenga una significación bien precisa incluso entre cierto léxico administrativo. Es la que recoge la cuarta acepción del Diccionario: “Exhumación hecha en un cementerio en el tiempo prefijado, conduciendo los restos humanos a la fosa o al osario”. Todos los asuntos relacionados con la muerte y el destino de los muertos, y no me refiero a las “postrimerías” de las que nos habla el Catecismo, suelen provocar un rechazo casi supersticioso entre las gentes de normal conversación, que somos casi todos. Unamuno hablaba de “corrales de muertos” para referirse a esos cementerios castellanos rodeados de un ominoso muro de adobe o de mampostería en el mejor de los casos. Ante su vista, o ante la de las grandes necrópolis urbanas, siempre asoma al pensamiento la idea de que hay allí muchos más muertos que habitantes vivos en la localidad a la que pertenecen. Y aunque no sea una idea que brote espontánea y con naturalidad, es comprensible la necesidad de que periódicamente se proceda a esa labor de monda que también se denomina, con un término no menos eufemístico, “reducción de restos”. O eso o la tierra entera no daría de sí para tanta sepultura. Lo que nos lleva a pensar, con cierto pesimismo antropológico y ya puestos en esta tesitura un tanto macabra, que el descanso eterno de ellos ayer, de nosotros mañana, no es la tumba cuidada y venerada sino la más prosaica fosa común. *Memento mori*, sí, pero que no viene mal en este tiempo de Cuaresma.

GAMIFICACIÓN.

José Ignacio de Arana.

¡Será por falta de imaginación a la hora de crear neologismos...! Leo ahora el de gamificación que, reconozco, me cuesta hasta deletrear, en un correo en el que se me propone –como a otros muchos lectores de este Laboratorio, supongo- un curso sobre una nueva técnica terapéutica consistente en la utilización de los juegos de ordenador, de ahí ese prefijo anglófilo de *gam*, tanto para el tratamiento de ciertos pacientes como para la mejora de la actividad de los médicos y su bienestar durante la misma. Se pregunta el remitente “¿Cómo puede una aplicación de carácter lúdico mejorar la calidad de vida de pacientes y profesionales de la salud?” Y se explaya luego en las aclaraciones. “Cada vez hay más alternativas que hacen un poco más divertidas aquellas tareas que en principio no lo son; existen soluciones, como aplicaciones y juegos, que ayudan a adoptar nuevos hábitos para controlar niveles biométricos o entretenimientos que permiten sobrellevar los días más difíciles del trabajo en un hospital, ayudando a combatir el estrés que puede derivar en otro tipo de problemas.” “(...) los videojuegos forman parte ya de procesos de recuperación y rehabilitación, siendo accesibles desde cualquier lugar a través de dispositivos móviles, pudiendo acceder a aplicaciones o plataformas online. Por eso se han creado todo tipo de juegos y aplicaciones para multitud de patologías y enfermedades.” “No sólo es importante para el paciente incluir una parte lúdica en los procesos hospitalarios, sino también mejorar la calidad asistencial a través de concursos de casos clínicos, demostraciones y pruebas de nuevos wearables, gafas de realidad virtual, etc.” “Los agentes sanitarios son imprescindibles en el desarrollo de apps y métodos de gamificación; el papel del profesional de la salud debe servir de guía y supervisión durante todo el proceso.”

Qué quieren que les diga. Como tantas veces me sorprendo de haber hecho o visto hacer con naturalidad en mi vida muchas cosas de las que ni se me ocurría pensar que tuvieran un nombre especial y hasta un “manual de procedimiento”. ¿Jugar a las “maquinitas”? Pues a veces sí, en las largas horas de guardia hospitalaria o fuera de ellas. ¿Utilizarlas para distraer, alegrar y quizá mejorar clínicamente a mis pacientes? En mi especialidad de Pediatría, bastante a menudo. De modo que he estado gamificando con la misma ignorancia con que el burgués gentilhomme de Molière hablaba en prosa.

PERDER EL OREMUS.

José Ignacio de Arana.

No es ésta una locución que hoy se utilice en el lenguaje común o coloquial y sólo aparece muy ocasionalmente en conversaciones un poco redichas o con tintes arcaizantes. Y, sin embargo, fue durante mucho tiempo una frase corriente que no necesitaba grandes explicaciones para su comprensión por el hablante y por el escuchante. “Perder el oremus” vale por perder el juicio o la cordura, empezar a hacer cosas raras, volverse loco y frecuentemente por olvidar la idea de lo que se iba a hacer o decir. No está muy claro en los distintos lexicones el origen de la expresión, pero en todos se menciona al menos su relación con la palabra latina *oremus*, “oremos”, repetida varias veces en el Ordinario de la misa y en otras liturgias cristianas como invocación inicial para que los participantes en las mismas se incorporen a una oración determinada. Quien no estaba, por cualquier causa que alterara su capacidad de atención, vigilante a las palabras de la celebración, se perdía en su transcurso y desconectaba de la actitud de religiosidad del resto de los que asistían al rezo o al rito; es decir, se “alienaba” de la comunidad. De ahí, en una sociedad en la que tales reuniones y formalidades eran no sólo una costumbre devota sino una obligación comunitaria, pasó quizá la fórmula de “perder el oremus” a designar la conducta de algunos individuos en las actividades que transcurren fuera de los muros del templo religioso.

En nuestros días y en nuestro oficio sería posible recuperar la expresión para señalar a aquellos sujetos que en el curso de una exposición pública, sea ésta una conferencia, una comunicación en un congreso o una clase, pierde el hilo de lo que venía diciendo y o bien desbarra por caminos que nada tienen que ver con aquello o se pierde en disquisiciones innecesarias y farragosas que desfiguran el mensaje y hacen difícilmente soportable su audiencia. ¿Ha presenciado el lector alguno de estos casos? No se dé, pues, al “oremus” un sentido religioso sino el de una apelación a estar atento a lo que se va a decir; eso sí, tanto por parte de quien ha de escuchar como de quien se propone decirlo.

JERGA Y ARGOT.

José Ignacio de Arana.

¿Cómo hablamos los médicos cuando nos reunimos unos cuantos en cualquier aparte de un congreso y hasta en una cena de colegas? Pues a nosotros nos parecerá seguramente que normal, pero para quien, ajeno a nuestro oficio, nos escuche desde fuera lo estaremos haciendo no pocas veces en jerga que es palabra que quizá no suene muy bien pero que describe perfectamente nuestro vocabulario en esas ocasiones. Jerga o argot son palabras sinónimas que definen un “lenguaje especial y no formal que usan entre sí los individuos de ciertas profesiones y oficios”. Si vamos a su derivado jerigonza, es ya directamente un lenguaje difícil de entender. Alguien dijo que en realidad toda ciencia no es más que un lenguaje especial y posiblemente le asistía la razón. Los médicos tenemos una parla peculiar, que asumimos como natural porque la usamos de continuo en el trabajo y con el que nos entendemos sin dificultad; en realidad nos sería casi imposible hablar de otra manera una vez que en los más o menos lejanos estudios de la Facultad aprendimos ese vocabulario, que no sólo es un léxico terminológico, el cual nos es desde luego imprescindible, sino que se extiende a todas las formas de expresarnos. No es una crítica, aunque quizá un poco sí y merezca la pena dedicarle algún otro matraz de este laboratorio; es la constatación de una realidad.

No es nuestra jerga, sin embargo, comparable ni por extensión ni mucho menos por intención a otras que el Diccionario describe como “lenguaje especial utilizado originalmente con propósitos crípticos por determinados grupos, que a veces se extiende al uso general”. Lo nuestro no es voluntariamente críptico, en efecto, aunque en la práctica lo resulte por ser profundamente especializado y utilizar etimologías o directamente palabras tomadas de lenguas perdidas para el conocimiento del común de los hablantes. Ni tiene, claro, nada que ver con la *germanía*, “manera de hablar de ladrones y rufianes, usada por ellos solos y compuesta de voces del idioma español con significación distinta de la verdadera, y de otros muchos vocablos de orígenes muy diversos”, ni con el *caló* que hablan los gitanos españoles; y ni siquiera con la *gacería*, una auténtica joya arqueológica del lenguaje que es el usado en exclusiva por los fabricantes de trillos y los tratantes de ganado de la localidad segoviana de Cantalejo. Pero, lo queramos o no, que yo creo que muchas veces sí, los médicos hablamos en jerga.

PROTOCOLOS.

José Ignacio de Arana.

Si algo caracteriza hoy día la actuación médica es que en la mayoría de los casos se ajusta al cumplimiento de un protocolo. ¿Y qué es un protocolo? El DRAE en su cuarta acepción de este vocablo nos dice que es la “secuencia detallada de un proceso de actuación científica, técnica, médica, etc.” Algo así como una plantilla o regla pautada por la que ha de regirse un procedimiento diagnóstico o terapéutico según unas normas dictadas por alguien, persona o institución, investido de autoridad científica. Claro que eso de la pauta es muy relativo, porque todo protocolo está, por su propia naturaleza, sujeto a cambios frecuentes, y no pocas veces pendulares, para su constante actualización. La medicina ha pasado de ser un “arte”, en el sentido que los griegos clásicos dieron a este término con sus connotaciones de libertad a la hora de ejercer los quehaceres de una profesión, a ser una ciencia pura que debe discurrir por carriles preestablecidos. Es cierto que la aparición y dominio de los protocolos tienen ciertas ventajas: ahorran tiempo en la toma de decisiones, uniforman los resultados, protegen legalmente al médico contra acusaciones cada vez más frecuentes de mala praxis...; y en muchos procedimientos complejos, como tratamientos oncológicos o anti infecciosos, permiten el trabajo de uno o varios equipos médicos quizá muy alejados geográficamente entre sí. Todo bueno, pues. O casi, rezongará algún médico educado y curtido más a la antigua usanza. ¿Dónde quedan el “ojo clínico”, la intuición, la arriesgada improvisación, hasta, si se quiere, la genialidad del clínico? Pues, sin duda, en el archivo arrumbado de las curiosidades históricas o en el texto no menos desatendido de algún viejo libro con más de novela costumbrista que de obra de consulta. Naturalmente el paciente, objetivo último, y debería de ser único, de la medicina no se ajusta a menudo a la rigidez de un protocolo, pero como en una suerte de aplicación de una horma a unos zapatos que aprietan y molestan, se le hace ajustarse. A algunos nos da un cierto repelús cuando oímos decir que se nos va a aplicar el protocolo a la dolencia que nos atosiga. Pero para algunos colegas, con más frecuencia cuanto más corta sea su experiencia profesional, si algo se sale del protocolo, el equivocado es siempre el enfermo, no la enfermedad o lo que se dice que hay que hacer en ella. Lo de “no hay enfermedades sino enfermos” es también literatura de baratillo.

PROCRASTINACIÓN.

José Ignacio de Arana.

Procrastinación o *procastinación*, que de ambas maneras se admite, aunque el RAE sólo recoge la primera, es, para empezar, una palabra de difícil pronunciación y quizá por ello poco usada en el lenguaje común. Cuando, sin embargo, su significado es sencillo y todos, el que más o el que menos, la hemos realizado alguna vez. La procrastinación, del latín *procrastinare*: *pro*, adelante, y *crastinus*, referente al futuro, significa postergación o posposición y es la “acción o hábito de retrasar actividades o situaciones que deben atenderse, sustituyéndolas por otras situaciones más irrelevantes o agradables”. ¿A que ahora sí que nos resulta familiar?

Se trata de un trastorno del comportamiento que tiene su raíz en la asociación de la acción a realizar con el cambio, el dolor o la incomodidad. El acto que se pospone puede ser percibido como abrumador, desafiante, inquietante, peligroso, difícil, tedioso o aburrido, es decir, estresante, por lo cual se autojustifica posponerlo a un futuro sine die idealizado, en que lo importante es supeditado a lo urgente. Los psicólogos que han estudiado este comportamiento, naturalmente cuando es habitual, no esporádico, caso en el que, como he dicho, todos hemos caído, llegan a individualizar hasta tres tipos distintos de procrastinación, lo cual ya es afinar.

1.-“Por evasión”, cuando se evita empezar una tarea por miedo al fracaso. Lo consideran un problema de autoestima. 2.-“Por activación”, cuando se posterga una tarea hasta que ya no hay más remedio que realizarla. 3.- “Por indecisión”, típico de las personas que intentan realizar la tarea pero se pierden en pensar la mejor manera de hacerlo sin llegar a tomar una decisión. A este último tipo se le ha denominado “complejo de Penélope” por la esposa de Ulises, que tejía y destejía siempre el mismo manto o tapiz para evitar casarse con los pretendientes al reino de Ítaca mientras esperaba que volviera su marido de la guerra de Troya.

Sin embargo, creo que no es necesario recurrir a personajes clásicos, tantas veces de nebuloso o nulo recuerdo para una sociedad poco ilustrada, como la fiel consorte de La Odisea. Mucho más cerca de nosotros está otro personaje que ejemplifica a las mil maravillas el defecto de la procrastinación: Escarlata O’Hara, la protagonista de *Lo que el viento se llevó*. Su frase preferida, con la que incluso finaliza la celeberrima película, es precisamente: *Ya lo pensaré mañana*.

EL SILBO GOMERO.

José Ignacio de Arana.

Como en esta sección del Diario se trata del lenguaje y de los lenguajes, hablaremos hoy de uno extraordinariamente peculiar pero que forma parte del acervo cultural de nuestra patria: el silbo gomero. Es un sistema de comunicación utilizado por más de 20.000 personas en la isla canaria de La Gomera, con un origen prehispánico, guanche, pero adaptado a la lengua española que se habla en el archipiélago. Tradicionalmente se ha utilizado por los habitantes para comunicarse a distancia a través de la intrincada orografía de esa isla, llena de barrancos, en una economía que siempre fue de tipo agrario y ganadero. Hoy se utiliza de forma casi exclusiva en celebraciones religiosas o civiles. Se trata de un lenguaje sustitutivo, reductor, espontáneo, no convencional, capaz de transmitir e intercambiar una gama ilimitada de mensajes a larga distancia, hasta 5 Km., reproduciendo las características sonoras de una lengua hablada.

El silbo gomero reemplaza las vocales y consonantes del español por silbidos: dos silbidos diferenciados sustituyen a las cinco vocales españolas; cuatro a las consonantes y a través de estos seis silbidos se pueden expresar más de 4.000 conceptos. Los silbidos se distinguen por su tono y su interrupción o continuidad. Se identifican claramente las 4 vocales silbadas distintivas /i/, /e/, /a/, /o/. No se diferencia por tanto /o/ de /u/ que de hecho ya se confunden mucho en la forma de hablar el castellano en la Gomera. El silbo funciona manteniendo aproximadamente la articulación del habla ordinaria, de forma que "las variaciones de timbre del habla aparecen como variaciones de tono". Las vocales se indican con tonos planos.

En la actualidad todos los habitantes de la isla de La Gomera conocen el Silbo Gomero. En 1999 se declaró el silbo gomero como patrimonio etnográfico de Canarias y se incluyó su enseñanza en el Sistema Educativo Público de la isla. En 2009 fue inscrito por la Unesco en la Lista del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad.

En 2005 apareció un estudio realizado por investigadores de la Universidad de La Laguna en el que se mostraba, mediante la monitorización de la actividad cerebral con técnicas de RNM, que los hablantes de silbo lo procesan en su cerebro de la misma manera que un lenguaje hablado usando las mismas áreas lingüísticas del cerebro usadas para procesar frases en castellano.

MANUFACTURA.

José Ignacio de Arana.

En una época como ésta en que el desarrollo tecnológico permite, en lo que atañe a nuestro oficio, la “fabricación” mediante métodos de impresión 3D de órganos tan complejos morfológica y estructuralmente como pabellones auditivos, apéndices nasales y hasta vísceras internas, es posible que la palabra manufactura suene a anticuada y fuera de lugar. Pero en realidad se trata de eso precisamente, de “fabricar por medios mecánicos”, en distingo de los medios artesanales que tradicionalmente elaboran distintos objetos y productos de forma manual, individualizada y sirviéndose si acaso de muy elementales “maquinarias”. La manufactura no cabe duda de que vino a revolucionar en todos los campos la industria humana al conseguir un aumento de producción, una simplificación de la misma y la puesta al alcance de numerosas personas de bienes de consumo que antes escaseaban o habían de obtenerse individualmente. Estos bienes habitualmente se habían entendido como utilizables por el individuo o por la sociedad para sus quehaceres y necesidades; incluso se aceptó con relativa naturalidad la fabricación de aparatos que pudieran auxiliar en carencias corporales congénitas o sobrevenidas, tal que las medidas ortopédicas que han ido adquiriendo un notable desarrollo supliendo agenesias, deformidades o amputaciones; siempre con aspecto y con función claramente artificiales. Pero nunca hasta ahora como partes integrantes de ese mismo individuo sin más artificiosidad que su origen en la platina de una máquina. En adelante, sin embargo, la manufactura de éstas se conseguirá casi con seguridad de una forma industrial y con el tiempo, no mucho a buen seguro, los órganos, al menos los “externos”, pasaran de construirse para un uso de verdadera necesidad médica a hacerlo para otro estético “a la carta”. La nariz de Cleopatra, las orejas de Clark Gable o el perfil completo de Tom Cruise o de Natalie Portman tendrán mucho futuro comercial a poco que se promocionen. La imagen de los previsibles catálogos y hasta de ciertos escaparates puede poner los pelos de punta a alguno, pero ya nos avisó hace mucho el don Sebastián de la zarzuela, y hasta con música pegadiza, que “hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad”.

ESTIPENDIO Y OTROS DINEROS.

José Ignacio de Arana.

Esta palabra, estipendio, que significa “paga o remuneración que se da a alguien por algún servicio” y que tiene su origen en el nombre de una moneda fraccionaria, el *estipe*, utilizada por los romanos para abonar los pagos cotidianos o de menor importe, ha quedado relegada en la actualidad para denominar la cuantía económica que, de forma voluntaria o reglada, se da en la iglesia como gratificación por ciertos “auxilios espirituales” como son la administración de algunos sacramentos -bautizos, matrimonios, primeras comuniones- o la encomienda de misas por la intención de los vivos o la memoria de los difuntos. Es sabido que con la disminución en la sociedad del general sentimiento religioso, esta asignación económica es vista por muchos de los que sin embargo siguen demandando esos “servicios” eclesiales, por rutina, por moda o por condicionamientos sociales de cualquier tipo, como un desembolso parecido a un impuesto aleatorio, forzoso y, por supuesto, injusto por unas prestaciones que, al fin y al cabo, “no cuestan nada”. Quien así piensa y, repito, son multitud en nuestros días, considera que sólo el trabajo “que se suda” merece un pago más allá de, si acaso, que en general tampoco, unas formularias palabras de agradecimiento.

Los médicos sabemos también bastante de esto. Cierto que hoy casi todos somos de una forma u otra asalariados y nuestra labor, poca o mucha, está tasada por nómina y, naturalmente, sujeta a tributación, faltaría más. Pero el pago a los médicos, como a otros profesionales que ejercen un trabajo basado sobre todo en la puesta en práctica de unos conocimientos intelectuales, las llamadas genéricamente profesiones liberales, tal que los abogados, se denominaba con el término de “honorarios” que hace referencia no a un pago fijo y estipulado por un contrato laboral sino a una remuneración independiente –que muchas veces es y ha sido incluso en especie- que se establece de forma individual, voluntaria y en función de la confianza que el profesional merece a ojos del beneficiario de sus servicios. Pero cuántas veces se nos consulta, en la calle, en el ascensor o en el restaurante, porque total “como no nos cuesta nada responder”, el problema se resuelve gratis.

COMPLEJOS COMPLEJOS.

José Ignacio de Arana.

No es la primera vez que traigo a este Laboratorio algunos complejos, entendido éstos, como hace la RAE, aludiendo al origen en la psicología de la palabra, como “conjunto de ideas, emociones y tendencias generalmente reprimidas y asociadas a experiencias del sujeto, que perturban su comportamiento”. Hoy recojo algunos verdaderamente “complejos” en el sentido de complicados en su desarrollo y en la forma de manifestarse. Todos tienen, eso sí, bonitos nombres adjudicados por los psicólogos que los describieron o los sistematizaron.

Complejo de Job. Se trata en realidad de una patología psicosomática bastante frecuente en la práctica clínica de cualquier médico y muy especialmente de los dermatólogos. El nombre fue creado por el psicoanalista norteamericano Félix Deutsch y recuerda al patriarca bíblico, quien tuvo que soportar como prueba divina todo tipo de sufrimientos incluyendo ulceraciones de la piel. Se ha observado desarrollo de dermatitis psicosomáticas en personas que se ofenden con facilidad, que se sienten agraviadas, con o sin motivo. En general las alteraciones dérmicas desaparecen cuando se restablece el equilibrio en la autoestima y desaparece el sentimiento de agravio. Del mismo modo se observa en otros pacientes que, por la razón que sea, están sometidos a una elevada tensión emocional.

Complejo de Agar y Sara. Descrito ya por Freud, fue bautizado con este nombre de resonancias bíblicas por la psicoanalista francesa Maryse Choisy. Es la tendencia masculina inconsciente a clasificar a las mujeres en dos grupos: las buenas, puras e intocables a semejanza de la madre, y las malas, aptas para la satisfacción sexual, pero indignas de amor. Abraham creyó que no podía tener hijos y cohabitó con su esclava egipcia Agar, autorizado, e incluso instigado, por su legítima esposa Sara. De esa unión nació un hijo llamado Ismael. Pero como más tarde Sara, aunque anciana, tuvo un hijo, Isaac, el patriarca expulsó de su casa a Agar e Ismael.

Complejo de Pulgarcito. El primero discípulo y colaborador y luego rival de Freud Alfred Adler señaló el hecho de que, por regla general, allí donde hay muchos hermanos suele ser el más pequeño el que llegue más lejos en la vida. Desde luego, con mucha frecuencia el hijo menor de una familia en que hay numerosos hermanos y hermanas acusa una psicología particular. Ésta se puede desarrollar como una forma de “supercompensación” –término muy querido por los psicoanalistas- en el niño que se ha sentido despreciado o minusvalorado por la familia. El nombre, claro está, hace referencia al conocido cuento infantil.